



DAUBERT

MUJERES
DE
ARTISTAS

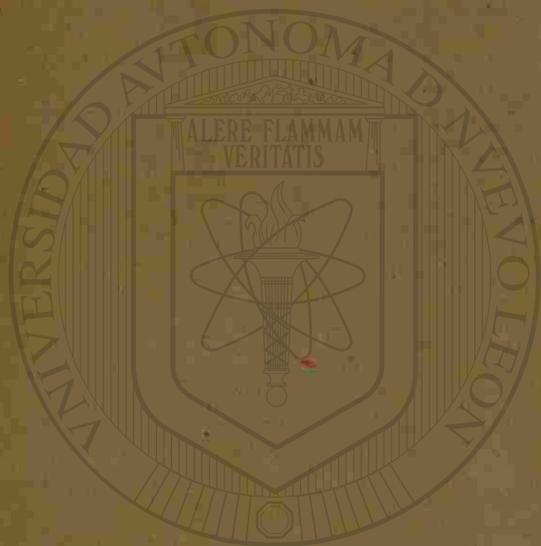
RPQ2216

.F5

S6

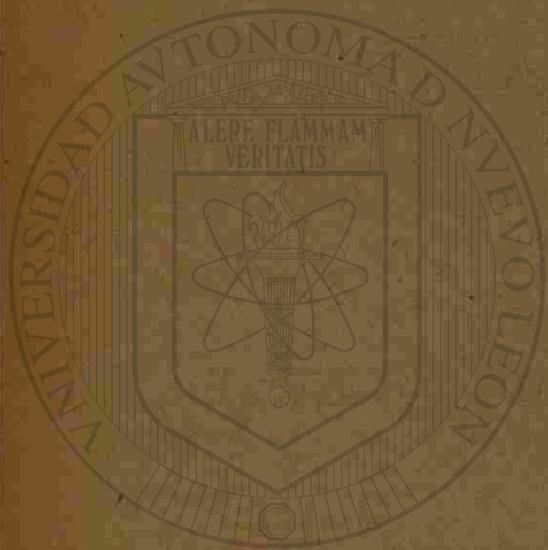


1020026215



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



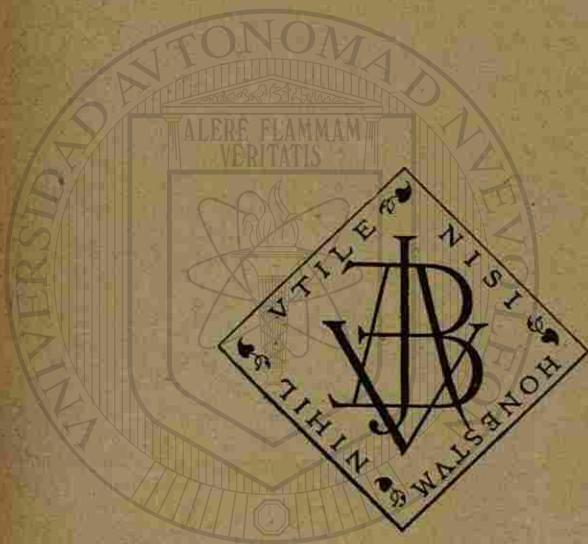
U A N L

MUJERES DE ARTISTAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 8448
Núm. Auto. D238 m
Núm. Adq. 29911
Procedencia -8-
Precio 1.00
Fecha _____
Clasificación 89
Catálogo _____



COLECCIÓN JUBERA

ALFONSO DAUDET

MUJERES DE ARTISTAS

TRADUCCIÓN DE H. GINER

Ilustrado con 102 fotograbados.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MADRID

SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

10, Campomanes, 10.

1890

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29911

098509

843
9.

DB 2216
75
86



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE
E. RUBIÑOS. IMPRESOR.



PRÓLOGO

Con el cigarro en la boca, tendidos á lo largo de un diván, en un estudio de artista, dos amigos, poeta el uno y pintor el otro, charlaban cierta noche después de comer.

Era la hora de las efusiones, de las confidencias. La lámpara iluminaba dulcemente bajo la pantalla, limitando su

círculo de luz á la intimidad de la conversación, y dejando apenas percibir el lujo caprichoso de las extensas paredes, llenas de telas antiguas, de panoplias de objetos varios, y coronadas allá en lo alto por anchas vidrieras que dejaban paso al sombrío azul del cielo. Sólo un retrato de mujer, ligeramente inclinado sobre un caballete, como para escuchar la charla, se destacaba de la sombra: una mujer joven, de ojos inteligentes, boca grave y bondadosa, con graciosa sonrisa, que parecía defender el caballete del marido contra los tontos y los desanimadores. Una silla baja, no lejos del fuego, dos zapatitos azules arrastrándose sobre la alfombra, indicaban también la presencia de un niño en la casa; y, en efecto, desde la habitación próxima, donde la madre y el niño acababan de entrar, salían á intervalos risas sonoras y murmullos suaves como lindo conjunto de un nido que se adormece. Todo ello esparcía en este interior artístico un vago perfume de felicidad doméstica que el poeta aspiraba con delicia.

—Decididamente, querido amigo, tú

eres quien ha tenido razón. No hay varias maneras de ser feliz. La felicidad está ahí, nada más que ahí...: es preciso que me cases.

EL PINTOR

¡Hombre, hombre, no!... Cásate tú solo, si en ello piensas; yo no quiero mezclarme en tales cosas.

EL POETA

¿Por qué?

EL PINTOR

Porque... porque los artistas no deben casarse.

EL POETA

Eso es demasiado fuerte... ¿Te atreves á decirlo aquí? y el quinqué no se apaga bruscamente, las paredes no se vienen abajo...! Piensa, desdichado, que acabas de proporcionarme durante dos horas el espectáculo y la envidia de esta dicha que me quieres prohibir. ¿Serías tú, por ventura, como esos pérfidos millonarios que doblan su riqueza á costa de los su-

frimientos de los demás, saboreando el rincón de su hogar mientras piensan que llueve fuera y que hay multitud de pobres diablos sin techo y sin abrigo?

EL PINTOR

Piensa de mí lo que te plazca. Te quiero demasiado para ayudarte á cometer una tontería, y una tontería irreparable.

EL POETA

Veamos, ¿qué hay, pues? ¿No estás contento?... Me parece, sin embargo, que la dicha se respira aquí tan amplia y sin límites, como el aire en una ventana que da al campo.

EL PINTOR

Tienes razón; soy feliz, enteramente feliz: amo á mi mujer con todo mi corazón; cuando pienso en mi hijo, río á solas como un majadero, á fuerza de placer. El matrimonio ha sido para mí un puerto seguro, de aguas siempre tranquilas; no de aquellos donde se agarra uno á una argolla en la orilla, á riesgo de quedarse eternamente ligado, sino una de aquellas

asas azules donde se reparan las velas y los mástiles para excursiones nuevas á países desconocidos. Yo no he trabajado nunca tanto ni tan bien como después de mi matrimonio, y mis mejores cuadros datan de esta fecha.

EL POETA

Pues bien, entonces...

EL PINTOR

Pues bien, querido amigo: á riesgo de parecerle raro, te diré que miro mi dicha como una especie de milagro, como algo anormal y excepcional. Sí; mientras más veo lo que es el matrimonio, más me espanto de la suerte que he tenido. Me parece á esos que, ignorando el peligro, lo han atravesado sin advertirlo, y que palidecen después de pronto, estupefactos de su propia audacia.

EL POETA

Pero... ¿cuáles son, pues, esos peligros tan terribles?

EL PINTOR

El primero, el más grande de todos, es perder el propio talento y aminorarlo, lo cual me parece que significa algo para un artista...; porque nota bien que en este momento no hablo de las condiciones ordinarias de la vida. Convengo que, en general, el matrimonio es una cosa excelente, y que la mayor parte de los hombres no empiezan á darse cuenta de él sino cuando la familia lo completa ó lo ensancha. A menudo, hasta es una exigencia de profesión. No se concibe un notario soltero: carecería del aspecto grave y correcto...; pero para nosotros los pintores, los poetas, escultores, músicos, que vivimos fuera de la vida, ocupados únicamente en estudiar, en reproducir, manteniéndonos siempre alejados de ella, como se retira uno del cuadro que pinta para verlo mejor, digo y sostengo que el matrimonio no puede ser más que una excepción. Este sér nervioso, exigente, impresionable; este hombre niño que se llama artista, nece-

sita un tipo de mujer especial, casi imposible de encontrar, y lo más seguro es no meterse siquiera en buscarlo... ¡Ah! ¡Qué bien había comprendido esto el gran Delacroix, á quien tanto admiras. ¡Qué bella existencia la suya, limitada á las cuatro paredes de su estudio, dedicado exclusivamente al arte! Yo miraba, el otro día, su casita de Champrosay, y ese pequeño jardín de abadía, lleno de rosas, en que se ha paseado enteramente solo durante veinte años, y pensaba en la tranquilidad y, juntamente, la estrechez del celibato. Y bien; figúrate á Delacroix casado, padre de familia, con todas las preocupaciones de la educación de los hijos, de la necesidad de dinero, de las enfermedades, y ¿crees tú que la obra que ha realizado habría sido la misma?

EL POETA

Me citas á Delacroix; yo te citaré á Víctor Hugo. ¿Crees tú que el matrimonio le ha estorbado para escribir tantos y tantos libros admirables?

EL PINTOR

Pienso, en efecto, que el matrimonio no le ha impedido crear sus producciones...; pero no todos los maridos tienen la cualidad de hacerse perdonar, ni todos cuentan con un inmenso sol de gloria que seque las lágrimas que hace derramar, sin contar que no debe ser muy divertido el papel de mujer de un hombre de genio. Hay mujeres de albañil que son mucho más felices.

EL POETA

De todos modos, es verdaderamente extraña esta filípica contra el matrimonio, pronunciada por un hombre casado y feliz en la vida de familia.

EL PINTOR

Te repito que no hablo por mí. Mis opiniones se han formado viendo todas las tristezas de los demás, todas las frecuentes equivocaciones padecidas por los artistas, y causadas precisamente por nuestra vida anormal. Mira á ese escultor que, en plena madurez de edad y de

talento, acaba de expatriarse, dejando plantados á su mujer y á sus hijos. La opinión lo ha condenado, y ciertamente yo tampoco lo disculpo. Mas, sin embargo, ¡qué bien me explico que haya llegado á este extremo! Ahí tienes un chico que adoraba su arte, tenía horror á la sociedad y á las relaciones. La mujer, buena en verdad é inteligente, en lugar de sustraerlo al medio ambiente que le disgustaba, lo ha condenado durante diez años á toda especie de obligaciones sociales. Así es que ella le ha obligado á hacer un sinfín de bustos oficiales, odiosos burgueses con gorros de terciopelo, mujeres mal vestidas y sin gracia; le molestaba cien veces al día para llevarlo á visitas importunas; todas las noches le obligaba á ponerse de frac y guante blanco, arrastrándolo de salón en salón. Tú me dirás que habría podido sublevarse y responder clara y terminantemente: «¡No!» Pero... ¿no sabes que el hecho mismo de nuestras existencias sedentarias nos hace á los artistas más esclavos todavía del hogar doméstico que al resto de los mortales? El ambiente

de la casa nos envuelve, y si en él no existe un átomo de ideal, nos entontece y nos cansa en seguida. Por otra parte, el artista pone en general todas sus fuerzas y energías en la realización de su obra, y después de sus luchas pacientes y solitarias, se encuentra sin voluntad para resistir á las minucias de la vida. Con él las tiranías femeninas triunfan. Nada es tan fácil de domar y conquistar como un artista; sólo que ¡guay de que él sienta demasiado el yugo! Si un día las ligaduras invisibles con que se le aprisiona aprietan un poco más de lo regular, llegando á impedir el esfuerzo artístico, de una sola sacudida las rompe todas y, desconfiando de su propia energía, se salva escapando, como nuestro escultor, más allá de los montes... La mujer de éste ha quedado sorprendida de la escapatoria. La desdichada todavía se pregunta qué ha hecho para aquella huida. Nada: ¡no lo había comprendido!... Porque no basta ser amable é inteligente para servir de buena compañera á un artista; se necesita también tener un tacto extraordinario, una abnegación son-

riente, y en esto precisamente estriba el milagro de poder encontrar esas cualidades en una mujer joven, que ignora y siente deseos de conocer la vida... Por ejemplo, se casa una joven con un hombre conocido y bien recibido en todas partes. Naturalmente le gusta á ella presentarse en público al lado de su marido. Este, por el contrario, se ha hecho más salvaje á medida que trabaja más y mejor, encontrando las horas cortas, el oficio difícil, y procura huir de las exhibiciones. He ahí á los dos desgraciados, y ceda ó resista el hombre, su vida queda ya descompuesta y enteramente fuera de su corriente, perdiendo su tranquilidad... ¡Ah! ¡Cuántos interiores he conocido en que la mujer era tan pronto víctima como verdugo, más frecuentemente verdugo que víctima, y casi siempre sin advertirlo! Mira, la otra noche estaba yo en casa del músico Dargenty; había algunas otras personas; le rogaron que tocara el piano; apenas había comenzado una de esas mazurkas polacas, características de él y que lo han hecho el heredero de Chopin, su mujer se pone á

charlar, bajo, al principio, y después un poco más alto; poco á poco prende el fuego de la conversación, y al cabo de un momento era yo solo quien escuchaba al artista. Entonces él cerró el piano y me dijo sonriendo, con aire entristecido: «Siempre sucede lo mismo...: á mi mujer no le gusta la música.» Y bien, ¿conoces tú algo más terrible que esto? ¡Casarse con una mujer que no ama el arte que uno cultiva!... ¡Bah! Créeme, querido amigo, no te cases: eres solo, eres libre, guarda tu preciosa libertad y tu soledad inapreciable.

EL POETA

¡Vive Dios! Hablas de esa manera de la soledad, tú... Ahora mismo, cuando yo me vaya, si se te ocurren ideas de trabajo, cerca de tu fuego que se apaga, las seguirás dulcemente, sin sentir á tu alrededor esa atmósfera de aislamiento tan vasta, tan vacía, que dispersa y evapora la inspiración... Y después, pase todavía el estar solo: á las horas de tra-

bajo; pero hay momentos de aburrimiento, de desaliento, en los cuales uno duda de sí propio y de su arte; y entonces es cuando debe uno sentirse feliz al encontrarse al lado, pronto y fiel siempre, un corazón amante en que se puede descargar la pena sin temor de turbar una confianza, un entusiasmo inalterable... ¿Y los niños?... La sonrisa del chiquitín, que se esparce constantemente y sin causa determinada, ¿no es el mejor rejuvenecimiento moral que se puede encontrar? ¡Ah! ¡He pensado mucho en esto! Para nosotros los artistas, vanidosos como todos los que viven del éxito, de esta estimación superficial, caprichosa y flotante que se llama estar en boga; para nosotros, sobre todo, los niños son indispensables. Ellos solos pueden consolarnos de la pena de envejecer. Todo lo que perdemos lo gana el niño; el éxito que no se ha obtenido, se piensa que él lo obtendrá; y á medida que van cayendo nuestros cabellos, se siente la alegría de verlos nacer, crecer, dorarse, rizarse en las rubias cabecitas que tiene uno al alcance de su mano.

EL PINTOR

¡Ah, poeta, poeta! ¿Has pensado también en todos los picotazos que es preciso dar con la punta de la pluma, ó la punta del pincel, para alimentar una nidada?

EL POETA

Digas lo que quieras, el artista está hecho para vivir en familia; y esto es tan cierto, que, aquellos de los nuestros que no se casan, se acurrucan en interiores de ocasión, como viajeros que, cansados de vivir siempre sin hogar, se instalan al fin y á la postre en un cuarto de hotel, y consumen su existencia bajo la enseña de «Casa de dormir».

EL PINTOR

Esos hacen mal; aceptan todos los inconvenientes del matrimonio, y jamás conocerán sus alegrías.

EL POETA

¿Confesas, por consiguiente, que en el matrimonio se disfruta de algunas?

Aquí el pintor, en lugar de contestar, se levantó y buscó entre los dibujos y bocetos un manuscrito, muy arrugado. Volviendo al lado de su amigo, dijo:

«Nosotros podríamos discutir mucho tiempo sin convencernos...; pero, puesto que á pesar de mis observaciones estás decidido á probar el matrimonio, he aquí un pequeño libro, que te invito á leer.

Está escrito, nóvalo bien, por un hombre casado, muy enamorado de su mujer, muy feliz en el interior de su casa; un curioso que pasando la vida en medio de los artistas, se ha entretenido en hacer el croquis de algunos de estos hogares de que yo te hablaba antes. Desde la primera á la última línea todo es verdad; tan verdad, que el autor no ha querido jamás imprimir la obra. Léela, y ven á buscarme cuando la hayas concluido. Creo que para entonces habrás cambiado de opinión...»

El poeta tomó el manuscrito y se lo llevó á su casa; pero no tuvo el suficiente cuidado para guardarlo, y yo he podido arrancar de él algunas hojas para formar este pequeño libro, que ofrezco al público descaradamente.



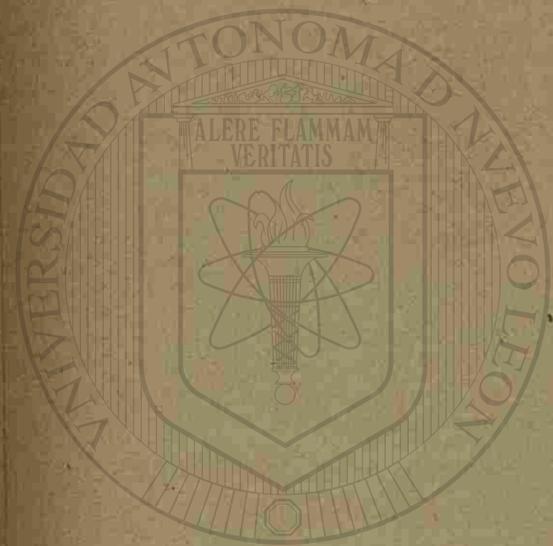
MADAMA HEURTEBISE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



MADAMA HEURTEBISE

Ésta ciertamente no había nacido para casarse con un artista, sobre todo con este terrible muchacho apasionado, tumultuoso, exuberante, que cruzaba el mundo alta la cerviz, retorcido el bigote, llevando á lo calavera, como un desafío á las convenciones necias y á las burguesas preocupaciones, su nombre extraño y petimetre de Heurtebise (Tramontana.)

¿Cómo, por qué milagro esta mujercita, educada en una joyería, colocada tras largas filas de cadenas de reloj y de sortijas, encontró medio de seducir á este poeta?

Imagináos las gracias de una señorita de mostrador, los rasgos indecisos, la mirada siempre fría y sonriente, una fisonomía complaciente y plácida, no de verdadera elegancia, sino de cierto amor á lo brillante, á lo llamativo, que sin duda había aprendido en el mostrador de su padre y que le hacía rebuscar los lazos de raso, que casaran bien los cinturones, los pendientes; añádase á esto el cabello arreglado por el peluquero, muy alisado por el cosmético, por cima de una pequeña frente deprimida, estrecha, en donde la falta de arrugas, más que juventud, indicaba una nulidad completa de ideas. Tal como era, Heurtebise la amó, la pidió en matrimonio y, como tenía alguna fortuna, no le costó gran trabajo conseguirla.

Lo que á ella le gustaba en esta boda era el pensamiento de casarse con un autor, hombre conocido, que le propor-

cionaría cuantos billetes quisiera de teatros. En cuanto á él, creo que en realidad, esta falsa elegancia horteril, estos modales pretenciosos, boca fruncida,



dedo meñique en el aire en todas las posturas de la mano, lo había desvanecido como si fuera la última palabra de la distinción parisiense: porque él nació provinciano, y en el fondo, á pesar de su talento, permaneció paleta toda su vida.

Tentado por la apacible felicidad de la vida de familia, de la cual estaba privado hacía mucho tiempo, Heurtebise pasó dos años lejos de sus amigos, escondido en el campo, en uno de esos rinconcillos de las afueras, cerca de ese París que le turbaba y cuya atmósfera debilitadora buscaba él siempre, como esos enfermos á los cuales se les aconseja el aire del mar, pero que, demasiado delicados para soportarlo, van á respirarlo á unas cuantas leguas de distancia. De tarde en tarde aparecía su nombre, en un periódico ó en una revista, al pie de un artículo; pero ya no tenía aquella frescura de estilo, aquella elocuencia arrebatadora que lo caracterizaba. Nosotros decíamos: «Es demasiado feliz...; su felicidad lo echa á perder».

De pronto, un día se presentó entre nosotros, y en seguida conocimos que no era feliz. Su palidez, sus facciones comprimidas, contraídas por una perpetua excitación, la violencia de sus maneras, deladoras de una continua cólera nerviosa, su sonora y simpática risa de antes, trocada en contracción violenta, ha-

cían de él otro hombre completamente distinto. Demasiado orgulloso para confesar que se había equivocado, no se quejaba; pero los amigos antiguos, á quienes recibió de nuevo en su casa, pudieron convencerse muy pronto de que había hecho el más estúpido de los casamientos. En cambio, la señora de Heurtebise se nos apareció, después de dos años de casada, tal y como la habíamos visto en la sacristía de la iglesia el día de su boda. Su misma sonrisa mimosa y tranquila, su mismo aspecto de hortera endomingada; pero ahora tenía aplomo. Hablaba ya. En las discusiones artísticas á que Heurtebise se lanzaba apasionadamente, con sus juicios absolutos, con desprecio brutal ó entusiasmo ciego, la voz chillona de su mujer lo interrumpía de pronto, obligándole á oír cualquier razonamiento ocioso, cualquiera reflexión tonta y siempre fuera de lugar. Él, molesto, cortado, la miraba con cierta expresión que pedía misericordia y procuraba continuar la conversación interrumpida. Luego, ante la contradicción íntima y persistente, la tontería de aque-

lla cabecilla de chorlito, callaba, resignado á dejar que las cosas fueran hasta el final. Pero aquel mutismo exasperaba á la señora, porque le parecía más injurioso, más desdeñoso que nada. Su voz agridulce se volvía chillona, subía de tono, mordía, zumbaba con la monotonía del zumbido de una mosca, hasta que el marido, furioso, estallaba á su vez, brutal y terrible.

De aquellas querellas incesantes, que acababan en lágrimas, la mujer salía más reposada, más fresca y más lozana, como prado de hierba después del riego; él, en cambio, salía cada vez más quebrantado, febril, incapaz de todo trabajo. Una noche que había yo presenciado una de esas lamentables escenas, al levantarse la señora de Heurtebise triunfante de la mesa, vi en la cara de su marido, que mientras duraba la disputa la había tenido baja y dura, la expresión de un desprecio, de una cólera tan grandes, que no hay manera de encontrar palabras para pintarlas. Colorado, con los ojos bañados en lágrimas, la boca contraída por una sonrisa irónica y desesper-

rada, al salir la mujer de la habitación dando un portazo, le hizo, como chiquillo á espaldas del maestro, una mueca atroz de rabia y de dolor. Al cabo de un instante le oí murmurar, con voz ahogada por la emoción: «¡Ah, si no fuese por el chiquillo, qué pronto me marcharía!»

Porque tenían un hijo, un niño soberbio y sucio y que se arrastraba por los rincones y jugaba con los perros, que eran más grandes que él, con la tierra y con los bichos del jardín. La madre no lo miraba más que para decir que era *asqueroso* y que sentía no haberlo dado á criar. Y es que, en efecto, conservaba sus tradiciones de señorita de mostrador; y la casa, siempre en desorden, por la cual arrastraba las colas de vestidos muy adornados y llamativos, recordaba sus queridas trastiendas, las habitaciones oscuras y faltas de aire donde entran los tenderos para comer, de prisa y corriendo, una comida mal hecha, en una mesa sin mantel, con el oído siempre alerta, por si oyen sonar el timbre de la puerta de entrada. Entre esa gente no se tiene en cuenta más que la calle, por

donde pasan los compradores, los vagos y ese desbordamiento de gente en vacaciones que los domingos llena la acera y el arroyo. Así es que aquella desdichada



se aburría en el campo y echaba mucho de menos á París. Heurtebise, por el contrario, tenía necesidad de la campiña para curar su alma. París le aturdiría como á los provincianos que van á pasar una temporada en él. Su

mujer no comprendía eso, y se quejaba continuamente de su destierro. Para distraerse invitaba á sus amigas antiguas. Entonces, si el marido no estaba presente, se entretenían en hojear papeles, notas y trabajos comen-
zados.

«Mira si es raro, hija mía... Se encierra para escribir esto; se pasea y habla solo... Al principio no entiendo nunca lo que hace.»

Y entonces empezaban las lamentaciones y el echar de menos los tiempos pasados.



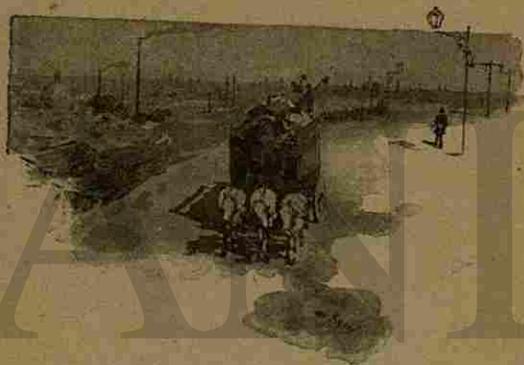
«¡Ah, si yo lo hubiera sabido!... ¡Cuando me acuerdo de que podía haberme casado con Aubertot y Fajon, los comerciantes de ropa blanca!...»

Citaba siempre los dos socios al mismo tiempo, como si se hubiera de haber casado con la razón social. En presencia del marido no guardaba mayores consi-
deraciones.

deraciones. Lo fastidiaba, impedía que trabajase; instalaba en la misma habitación donde estaba trabajando, la charla insípida de mujeres ociosas que hablaban alto, llenas de desdén hacia la profesión de literato, que produce poco, y cuyas más laboriosas horas se parecen siempre á una caprichosa holganza.

De cuando en cuando Heurtebise procuraba escapar á aquella vida, que cada día se le antojaba más siniestra. Iba á París, tomaba un cuartito en la fonda... quería hacerse la ilusión de que era soltero; pero de pronto pensaba en su hijo, y con locos deseos de darle un beso se volvía aquella noche misma al campo. En esas ocasiones, para evitar la escandalosa escena de su regreso, se llevaba consigo á un amigo y lo detenía allí el más largo tiempo posible. Cuando no se veía á solas con su mujer, su hermosa inteligencia despertaba de su letargo, y sus proyectos de trabajo, interrumpidos poco á poco y uno detrás de otro, volvían á ser acariciados. Pero ¡qué desengaño cuando el amigo se iba! Hubiera querido detener á los que le visitaban y

asirse á ellos con todas las fuerzas de su aburrimiento. ¡Con cuánta tristeza nos acompañaba á la parada de los ómnibus que habían de llevarnos á París! Y cuando nos íbamos, ¡con cuánta lentitud se volvía por el polvoriento camino con los



hombros encorvados, los brazos caídos é inertes y escuchando el ruido de las ruedas que se alejaban!

Y es que el estar solo con su mujer se le había hecho insoportable. Para evitarlo tomó la resolución de tener siempre la casa llena de gente. Como tenía buen corazón y además estaba hastiado

y le era todo indiferente, fué poco á poco rodeándose de todos los muertos de hambre, de la literatura. Un montón de escritores perezosos, *chiflados*, visionarios, se instalaron en su casa más de lo que él lo estaba; y como la mujer era muy estúpida, incapaz de juzgar, los encontraba muy simpá-



uticos y superiores á su marido porque gritaban más que él.

La vida se pasaba allí en discusiones ociosas. Aquello era un estrépito de palabras vacías y de tonterías, y el pobre Heurtebise, inmóvil y silencioso en medio de aquel barullo, se contentaba con sonreír, encogiéndose de hombros. Al-

gunas veces, sin embargo, cuando al final de una de aquellas comidas interminables, todos sus convidados, con los codos sobre el mantel, comenzaban en torno de una botella de aguardiente una



de aquellas batallas de palabras tan asfixiantes como el humo de sus pipas, acometiale un inmenso malestar, y como no tenía valor para despedir de su casa á todos aquellos desdichados, se iba él y estaba ocho días sin volver. «Mi casa

está llena de imbéciles, me decía cierto día, y no me atrevo á volver á ella». Con aquel género de vida era imposible que escribiese. Su firma aparecía en público muy rara vez, y su fortuna, malgastada por aquella perpetua necesidad de tener gente en su casa, iba trasladándose al bolsillo de los que le tendían las manos.

Hacía mucho tiempo que no nos habíamos visto, cuando una mañana recibí una esquila de su puño y letra, en otro tiempo tan firme y ahora tan temblona. «Estamos en París. Ven á verme. Me aburro.» Me lo encontré con su mujer, su hijo y sus perros en un piso pequeño y lúgubre de Batignoles. El desorden, que no tenía sitio bastante para exhibirse, parecía aún más terrible que en el campo. Mientras el chico y los perros se revolcaban por las habitaciones, que parecían cajones por lo chicas, Heurtebise, enfermo, estaba acostado, con la cara vuelta hacia la pared, en estado de completa postración. La mujer, siempre muy vestida, siempre plácida, apenas si lo miraba. «No sé lo que tiene,» me dijo haciendo un gesto de indiferencia. Él, al verme,

recobró por un momento la alegría, su buen humor, ahogados en seguida. Como habían conservado en París las costumbres del campo, á la hora de almorzar llegó á aquella casa, trastornada por la enfermedad y el apuro, un parásito, un hombrecillo calvo, rapado, tieso, agrio, á quien llamaban en la casa «el hombre que ha leído á Proudhon.» Así es como Heurtebise, el cual no sabría probablemente su nombre, lo presentaba á todo el mundo. Cuando le preguntaba alguno: «¿Quién es?» contestaba con convicción: «¡Oh! Un ciudadano que sabe mucho, que ha leído mucho á Proudhon.» No lo parecía, sin embargo, porque aquel talento profundo no se manifestaba nunca más que en la mesa para quejarse de que una cosa estaba mal asada ó una salsa mal hecha. Aquella mañana, el hombre que había leído á Proudhon declaró que el almuerzo era detestable, lo cual no impidió que se comiese la mitad él solo.

¡Qué largo y qué lúgubre me pareció aquel almuerzo á la cabecera de un enfermo! La mujer charlaba como siempre, dando un cogotazo al chico de cuan-

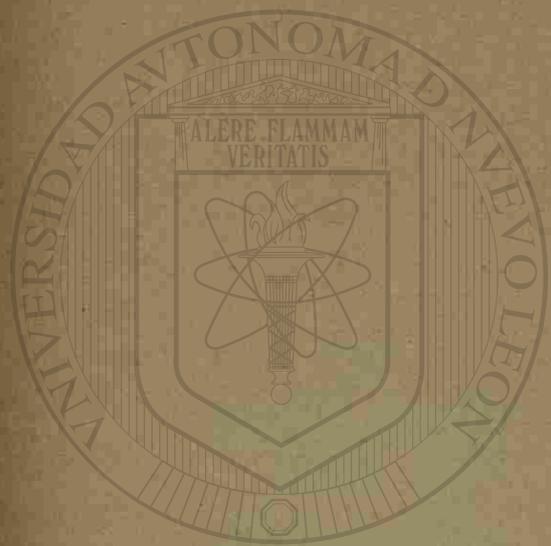
do en cuando, un hueso al perro y una sonrisa al filósofo. Ni una sola vez se volvió Heurtebise hacia nosotros, y eso que no dormía. No sé ni siquiera lo que pensaba... ¡Pobre muchacho! En esas luchas mezquinas y continuas se había roto el resorte de su naturaleza vigorosa, y empezaba á morirse. Aquella agonía silenciosa, que era más bien una renuncia á la vida, duró algunos meses; luego la señora de Heurtebise se encontró viuda. Entonces, como las lágrimas no habían oscurecido sus ojos claros, como siempre seguía cuidando mucho sus lisos cabellos y como Aubertot y Fajon estaban todavía disponibles, se casó con Aubertot y Fajon. Tal vez con Aubertot, tal vez con

Fajon, acaso con ambos. Ello es que pudo

volver á la vida para la cual había nacido: la charla fácil y la eterna sonrisa de las shorteras.



EL CREDO DEL AMOR



EL CREDO DEL AMOR

Siempre había soñado eso: ser la mujer de un poeta... Pero el implacable Destino, en vez de la existencia romántica y febril que ambicionaba, le arregló una vida dichosa y muy tranquila, casándola con un rico rentista de Auteuil, amable y dulce, un poco viejo para ella, y que sólo tenía una pasión—completa-

29911

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"EL SAUTERRE" SITABA
"EL SAUTERRE" REYES
1825 MONTERREY, MEXICO

mente inofensiva y pacífica:—la horticultura. El bueno del hombre pasaba el tiempo, con la podadera en la mano, en cuidar, en hacer frondosa una colección de rosales, en caldear la estufa, en regar los arriates; ¡y vive Dios que convendréis en que para un corazoncito hambriento de ideal, todo eso no era bastante! Sin embargo, durante diez años seguidos, su vida se mantuvo rígida y uniforme, como las alamedas enarenadas del jardín de su marido, y la subió por sus pasos contados, oyendo con resignación el ruido fastidioso y seco de las tijeras de jardinería, siempre en movimiento, ó la lluvia monótona, infinita, que caía de las regaderas sobre las tupidas plantas. Aquel horticultor furibundo tenía con su mujer el mismo meticuloso cuidado que con sus flores. Medía el frío y el calor que debía reinar en su salón, lleno de ramos y hojas, y temía que tomase el rocío de Abril ó el sol de Marzo; y como á esas plantas colocadas en cajones que se sacan ó se meten en determinadas épocas del año, así la hacía vivir metódicamente, con la vista puesta en el

barómetro y con las variaciones de la luna.

Así vivió ella largo tiempo, aprisionada entre las cuatro paredes del jardín conyugal, inocente como una clemátide, pero con aspiraciones hacia otros jardines menos regulares, menos burgueses, donde los rosales crecieran con todas sus ramas, donde las matas silvestres subieran más arriba de los árboles y estuviesen cargadas de flores fantásticas, desconocidas, en libertad y acariciadas por un sol más fuerte. Esos jardines no se encuentran más que en los versos de los poetas; así es que la pobre leía muchos versos á escondidas del horticultor, el cual, en materia de poesía, no conocía más que los dísticos de los almanques, alusivos al tiempo.

Sin poder elegir, glotonamente, la infeliz devoraba los peores poemas, con tal de que en éstos encontrara rimas de *amor* y de *pasión*; luego cerraba el libro y pasaba las horas muertas soñando despierta y suspirando: «¡Este es el marido que yo necesitaba!» Probablemente todo eso se hubiera

quedado en el estado de las vagas aspiraciones, si en el momento terrible para las mujeres, de los treinta años, que es la edad decisiva para la virtud de la mujer, como el mediodía es la hora decisiva para la belleza del día, no se hubiese encontrado en su camino el irresistible Amaury. Amaury es un poeta de salón, uno de esos exaltados, de frac y guante blanco, que van entre diez y doce de la noche á contar en sociedad sus éxtasis de amor, sus desesperaciones, sus embriagueces, melancólicamente apoyados en las chimeneas, á la luz de las arañas y candelabros, mientras las mujeres, en traje de baile, lo escuchan, sentadas formando círculo, extasiadas detrás de sus abanicos.

Amaury pasaba por ser el ideal del género. Cabeza de zapatero fatal, ojos hundidos, color pálido, peinado á la rusa, y muy untado el pelo con pomada húngara. Es uno de esos desesperados de la vida, como gusta á las damas, siempre vestidos á la última moda; un lírico puesto á enfriar, en quien el desorden de la inspiración sólo se adivina por el lazo

un poco flojo de la corbata, hecho descuidadamente. Así es que son admirables sus éxitos cuando con voz estridente recita una tirada de su poema *El Credo del Amor*. Sobre todo, aquella que termina con este verso asombroso:

¡Yo creo en el amor como creo en Dios!

Observad que, no sé por qué, sospecho que á ese farsante le tiene tan sin cuidado Dios como todo lo demás; pero las mujeres no se paran en tan poca cosa. Se dejan impresionar fácilmente por el sonido de las palabras, y cada vez que Amaury recita su *Credo del Amor*, estad seguros de ver alrededor del salón boquitas sonrosadas que se abren y se dirigen como á tragar ese fácil anzuelo del sentimiento. ¡Ahí es nada! ¡Un poeta



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FRANCISCO REYES
MONTERREY, MEXICO

que tiene un bigote tan bonito y que cree en el amor como cree en Dios!...

La mujer de nuestro jardinero no se le resistió. En tres sesiones fué vencida. Solamente que como había en el fondo de aquella naturaleza elegiaca algo de honrado y altivo, no quiso cometer una falta mezquina. Además, en su *Credo* el poeta mismo declaraba que no comprendía más que una clase de adulterio: aquel que camina con la cabeza erguida, desafiando á la ley y á la sociedad. Tomando, pues, el *Credo del Amor* por guía, la joven se evadió bruscamente del jardín de Auteuil, y fué á echarse en brazos de su poeta.—«No puedo vivir más tiempo con ese hombre. ¡Llévame!» En casos así el marido se llama siempre *ese hombre*, aunque sea jardinero por afición.

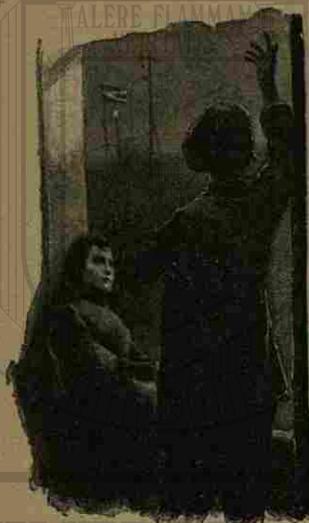
Amaury tuvo un momento de estupor: ¿Cómo imaginarse que una mujer de treinta años tomaría por lo serio un poema de amor, y lo seguiría al pie de la letra? Sin embargo, puso á mal tiempo buena cara; y como en su jardincito de Auteuil, tan bien resguardado, la muchacha se había conservado fresca y bonita, se la

llevó sin murmurar. Los primeros días, aquello fué delicioso. Temían las persecuciones del marido. Fué necesario ocultarse con nombres supuestos, cambiar



de fonda, vivir en barrios inverosímiles, en las afueras de París, en los últimos rincones. Al anochecer salían furtivamente, daban paseos sentimentales por las fortificaciones. ¡Oh poder del romanticismo! Cuanto más miedo tenía ella,

cuantas más precauciones eran necesarias y más balcones cerrados y más persianas corridas, más grande le parecía su poeta. Por la noche abría la ventana



de su habitación y contemplando las estrellas que se veían más allá de los faroles del ferrocarril, próximo á la casa donde vivían, ella le hacía recitar sus versos.

¡Y era tan bueno! Desgraciadamente aquello no duró mucho. El marido les dejó en paz. ¿Qué queréis? *Aquel hombre* era filósofo. Cuando su mujer se hubo marchado, él cerró

la puerta de su oasis, y siguió dedicándose á criar rosales, pensando que afortunadamente las plantas echan raíces muy hondas, se agarran á la tierra y no se pueden marchar tan fácilmente. Nues-

tros enamorados, ya tranquilos, volvieron á París, y de pronto pareció á la joven que se le habían llevado su poeta y le habían traído otro poeta. La fuga, los temores de ser sorprendido, las per-



petuas alarmas, todas esas cosas que mantenían viva su pasión, ya no existían, y entonces comenzó á comprender, á ver claro. Además, á cada instante, en la instalación de su casita y en esos mil pormenores burgueses de la vida íntima,

el hombre con quien vivía se daba á conocer mejor.

Lo poco que había en él de sentimientos generosos, heroicos ó delicados, lo había desleído en sus versos, sin quedarse con nada para su consumo particular. Era mezquino, egoísta y, sobre todo, roñoso, que es cosa que el amor no perdona. Además, se había afeitado el bigote, y aquel disfraz le sentaba muy mal. ¡Qué diferencia con aquel sedoso y rizado bigote que se le había aparecido una noche, recitando su *Credo* entre dos candelabros! Ahora, en el forzoso retiro que sufría por culpa suya, se entregaba á toda clase de manías, la mayor de las cuales era la de creerse siempre enfermo. ¡Diablos! A fuerza de hacerse siempre el tísico, acaba uno por imaginarse que efectivamente lo está. El poeta Amaury era aficionado á las tisanas, se envolvía en papel Fayard y llenaba la chimenea de frascos y de botes. Durante algún tiempo la pobre mujer tomó en serio su papel de Hermana de la Caridad. La abnegación daba al menos una excusa á su falta, un objetivo á su vida.

Pero se cansó pronto. A su pesar, en la ahogada habitación donde el poeta se envolvía en franela, pensaba ella en su perfumado jardín; y el buen jardinero, visto de lejos, rodeado de sus arriates de macetas, y hasta de sus hortalizas, le parecía tan sencillo, conmovedor, desinteresado, como egoísta y exigente el otro...

Al cabo de un mes amaba á su marido, y lo amaba realmente, no por afecto impuesto por la costumbre, sino con verdadero amor. Un día le escribió una extensa carta, apasionada, de arrepentimiento. Él no contestó. Tal vez no creyera que estaba todavía bastante castigada.

Entonces ella envió cartas y más cartas; se humilló, suplicó que la dejase volver á su hogar, diciendo que preferiría morirse á vivir con aquel hombre. Ahora le tocaba al amante ser *ese hombre*. Lo raro es que se escondía de él para escribir; porque creía que aún estaba enamorado de ella, y aunque pedía perdón á su marido, temía la exaltación de su amante.

«Jamás dejará que me vaya,» le decía,

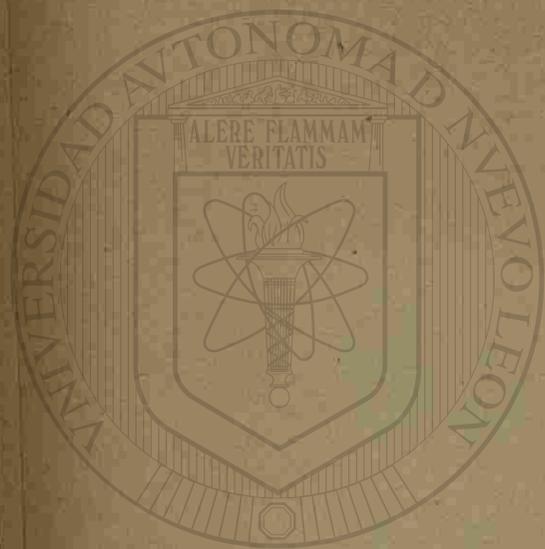
Así es que cuando, á fuerza de ruegos, obtuvo su perdón, y el jardinero—¿no os he dicho que era un filósofo?—consintió que volviese á vivir con él, aquella vuelta al hogar conyugal tuvo todos los aspectos misteriosos y dramáticos de una fuga. Positivamente hizo que su marido la robase. Fué su último goce de culpable. Una noche que el poeta, hartó de la vida en común y muy orgulloso con su bigote, ya crecido de nuevo, se fué á una reunión á recitar su *Credo del Amor*, ella se metió en un carruaje, en el cual la esperaba su marido en la esquina de la calle, y así regresó á su jardincito de Auteuil, curada para siempre de la ambición de ser la mujer de un poeta...

¡Es verdad que aquel poeta era tan poco poetal



LA TRANSTIBERINA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1025 MONTERREY, MEXICO



LA TRANSTIBERINA

El estreno acababa de concluir. Mientras que el público, de diversas maneras impresionado, se precipitaba hacia la calle, ondulando á la luz del gas del gran vestíbulo del teatro, algunos amigos, entre los cuales estaba yo, esperaban al poeta á la puerta del escenario para felicitarle. Su obra no había tenido, sin embargo, grande éxito. Demasiado difícil para la imaginación tímida y vulgar del

público de ahora, se salía del cuadro de la escena, ese límite de los convencionalismos y de las libertades permitidas. La crítica pedante había dicho: «¡Esto no es teatro...!» y los guasones del boulevard se vengaban de la emoción que acababa de producirles aquellos magníficos versos, diciendo: «¡Esto no dará un cuarto...!» Nosotros estábamos orgullosos de aquel amigo nuestro, que se había atrevido á hacer sonar, zumbiar sus bellísimos versos de oro, todo el enjambre de su colmena, alrededor del ficticio sol de la araña, y á presentar personajes del natural, sin importarle la óptica del teatro moderno, ni los turbios cristales de los gemelos, ni los malos ojos.

Entre los maquinistas, los bomberos, los coristas arropados con sus bufandas, el poeta se acercó á nosotros, encorvando su elevada estatura, y el cuello del gabán levantado para resguardarse del frío, y abrigar su pobre barba y sus cabellos ya grises. Tenía el aspecto triste. Los aplausos de los alabarderos y de los literatos, relegados á un rincón del teatro, le predecían un número muy limita-

do de representaciones; los espectadores escogidos y escasos, el cartel pronto variado, sin dejar tiempo á su nombre para imponerse. Cuando se ha trabajado durante veinte años, cuando se está en plena madurez de talento y de edad, esa resistencia del público á comprenderle á uno, tiene algo de abrumador y desesperante. Acaba uno por decirse: «Tal vez tengan razón». Se tiene miedo; ya no se sabe qué pensar... Nuestras aclamaciones, nuestros apretones de mano entusiásticos, le confortaron un poco. «¿De veras creéis...? ¿Conque resulta bien...? La verdad es que he hecho todo cuanto he podido.» Y sus manos, ardorosas por la fiebre, se agarraban á las nuestras con inquietud; sus ojos, arrasados en lágrimas, buscaban una mirada sincera y tranquilizadora. Era como la angustia suplicante del enfermo preguntando al médico: «¿No es verdad que no me moriré?» ¡No, poeta, no morirás! Las operetas y las pantomimas que alcanzan centenares de representaciones, que tienen millares de espectadores, se habrán olvidado bien pronto, habrán volado del car-

tel, mientras que tu obra será siempre joven y viva...

Mientras en la acera desierta estábamos exhortándolo, reanimándolo, se oyó una voz enérgica de contralto, con marcado acento italiano:

—¡Eh! artista; basta de poesía... Vamos á comernos el guisado.

Al mismo tiempo, una señora gorda, envuelta en una nube y en un mantón de cuadros encarnados, cogió del brazo á nuestro amigo con un movimiento tan brutal, tan despótico, que se notó en seguida, en su fisonomía y en su actitud, la turbación que le causaba.

—Mi mujer, nos dijo; y volviéndose hacia ella con una sonrisa de vacilación:

—¿Los convidamos para que vean cómo haces tú el estofado?

Halagada en su amor propio de cocinera, la italiana consintió bastante graciosamente en recibirnos, y nos marchamos cinco ó seis con ellos para ir á comer carne estofada allá en las alturas de Montmartre, donde vivían.

Confieso que sentí cierto deseo de conocer la casa de aquel artista. Nuestro

amigo vivía, desde que se casó, muy retirado, y casi siempre en el campo; pero lo que yo conocía de su vida despertaba mi curiosidad. Hacía quince años, cuando estaba en todo el fervor de una imaginación romántica, había conocido en los alrededores de Roma á una arrogante joven, de quien se enamoró perdidamente. María Asunción vivía con su padre y toda una nidada de hermanos y de hermanas en una de aquellas casitas del Transtevere, que tienen los cimientos metidos en el Tiber, y una lancha de pescar, vieja, amarrada á las tapias. Un día vió á aquella hermosa italiana con los pies desnudos en la arena, con su saya encarnada de estrechos pliegues, con las mangas del corpiño remangadas hasta los



hombros, sacando anguilas de una red. Las escamas relucientes, entre las mallas llenas de agua; el río que parecía de



oro; la saya encarnada; aquellos hermosos ojos negros, profundos, pensativos, que contrastaban con la radiante luz que todo lo rodeaba, deslumbraron al artista, acaso de una manera algo vulgar, como si fuese la estampa de un libro, vista en el escaparate de un editor de

música. Por casualidad la muchacha tenía el corazón libre, porque no había amado todavía más que á un gatón regalón y rubio, gran pescador de anguilas

también, al cual se le erizaba el pelo cuando alguien se acercaba á su ama.

Nuestro enamorado consiguió apoderarse de toda aquella gente, animales y personas; se casó en Santa María del Transtevere, y se trajo á Francia á la hermosa Asunción y á su *cato*...

¡Ah, *povero!* Lo que debió traerse también fué un rayo de sol de aquella tierra, un pedazo de cielo azul, la excentricidad del traje y las aguas del Tiber, y las grandes redes del *Ponte Rotto*: todo el cuadro con la imagen! Entonces no hubiera experimentado la terrible desilusión que sufrió cuando, instalado el matrimonio en un piso cuarto, allá en lo último de Montmartre, vió á su bella italiana me-



tida en un vestido de volantes, adornada con un sombrero parisiense, el cual, siempre mal equilibrado sobre el edificio de sus abundantes trenzas, tomaba actitudes completamente independientes. A la fría y terrible claridad de los cielos de París, el infeliz advirtió bien pronto que su mujer era tonta, irremisiblemente tonta. Sus hermosos ojos negros, perdidos en contemplaciones infinitas, no llevaban ni un solo pensamiento en sus ondulaciones de terciopelo. Reflejaban, como los de un animal, la tranquilidad de la digestión, y nada más. Además, la señora era grosera, rústica, acostumbrada á manejar á bofetadas á toda la gente de su cabaña, y la menor resistencia le producía terribles accesos de cólera.

¿Quién hubiera dicho que aquella boca deliciosa, contraída cuando callaba en la más pura forma de las caras antiguas, se abría de repente para dejar escapar las injurias á borbotones, presurosas, tumultuarias?... Sin respeto á sí misma ni á él, en medio de la calle, en pleno teatro, le armaba camorra, le provocaba esce-

nas terribles de celos. Para que todo fuese completo, no tenía ni el menor sentimiento de las cosas artísticas; vivían en una ignorancia absoluta de la profesión de su marido, de la lengua, de los usos, de todo. El poco francés que le enseñara no le sirvió más que para hacerle olvidar el italiano, y para componer una especie de jerga extraña, que era altamente cómica. En resumen: aquella historia de amor, comenzada como un poema de Lamartine, concluirá como una novela de Champfleury... Después de haber procurado durante largo tiempo civilizar á su bravía compañera, el poeta se convenció de que era necesario renunciar á esa empresa. Demasiado honrado para abandonarla, adoptó el partido de enclaustrarse, de no ver á nadie, de trabajar mucho. Los pocos amigos íntimos á quienes había admitido en su casa, advirtieron que estorbaban, y no volvieron. Así vivía hacia quince años: encerrado en su casa como un apestado...

Pensando en esa miserable existencia, contemplaba yo la extraña pareja que caminaba delante de mí. Él, flaco, alto,

un poco encorvado. Ella, cuadrada, ancha, fornida, sacudiendo con los robustos hombros el mantón, que le estorbaba; independiente en su manera de an-



dar, que parecía la de un hombre. Estaba muy alegre; hablaba alto, y de vez en cuando volvía la cabeza para ver si los seguíamos, llamando á aquellos de nosotros á quienes conocía, en voz muy alta, familiarmente, por sus nombres, y ayu-

dándose para darse á entender con movimientos hombrunos, como hubiese hecho manejando la lancha de pesca en el Tiber. Cuando llegamos á su casa, el portero, furioso al ver entrar á hora tan desusada aquel grupo alborotador, no quería dejarnos subir. Entre él y la italiana hubo en la escalera una escena terrible. Nosotros estábamos todos colocados en los escalones, medio iluminados por el gas, aburridos, violentos, sin saber si debíamos volver á bajar.



—Venid pronto, subamos, nos dijo el poeta en voz baja; y nosotros lo seguimos silenciosamente, mientras la italiana, apoyada en la barandilla, que apenas podía resistir su peso y su cólera, lanzaba una granizada de injurias, en la cual las imprecaciones romanas alternaban con el vocabulario de los boulevares exteriores. ¡Qué entrada en su casa para el poeta que acababa de agitar á todo el París artístico y conservaba aún en sus febriles ojos el resplandor del estreno de su obra! ¡Qué vuelta á la vida, tan humillante!...

Hasta que nos vimos cerca de la chimenea de su salóncillo no se disipó el frío glacial causado por aquella estúpida aventura, y pronto no hubiéramos pensado ya en ello, si no hubiera sido por la voz chillona y las carcajadas groseras de la *signora*, que estaba en la cocina contando á su criada la manera que había tenido de despabilar á aquel *chulato*... Cuando la mesa estuvo puesta y la cena preparada, vino á sentarse con nosotros sin chal, sin sombrero ni velo, y pude contemplarla á mi sabor. Ya no era

guapa. La cara, cuadrada; la barba, abultada, gorda; los cabellos entrecanos y fuertes, y, sobre todo, la expresión vulgar de la boca, contrastaban singularmente con la eterna y estúpida melancolía de sus ojos. Con los dos codos apoyados en la mesa, familiarmente, groseramente, se mezclaba en nuestra conversación, sin perder de vista su plato. Precisamente encima de su cabeza, orgulloso en medio de las vejeces del salón, se destacaba un gran retrato, firmado por un hombre ilustre: era María Asunción á los veinte años. El traje, de vivo color escarlata, el blanco lechoso de su camisolín plegado; el oro brillante de las alhajas, abundantes y falsas, hacían resaltar magníficamente el brillo de su tez tostada, la sombra aterciopelada de sus ásperos cabellos, peinados sobre la frente y unidos por casi imperceptible vello á la línea soberbia de las cejas. ¡Cómo tanta exuberancia de hermosura y de vida había podido llegar á tanta vulgaridad!...

Y con mucha curiosidad, mientras la italiana hablaba, yo interrogaba su her-

mosa mirada, profunda y dulce, retratada en el lienzo.

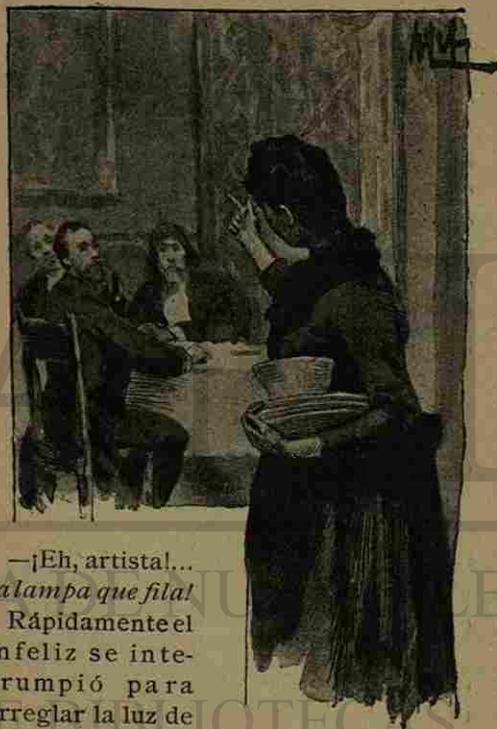
El calor de la mesa la había puesto de buen humor. Para reanimar al poeta, á quien su glorioso fracaso tenía entristecido, ella le daba grandes manotones en



la espalda, reía á mandíbula batiente y decía en su horrorosa jerga, que no valía la pena de por tan poca cosa meter la cabeza debajo del *campanile del domo*.

—¿No es verdad, *cato*? añadía volviéndose hacia el gato maltés, lleno de reumatismo, que roncaba delante de la chimenea. Luego, de repente, en medio de una discusión interesante, gritaba á su

marido con voz brutal, como disparo de escopeta:



—¡Eh, artista!...
la lámpa que filal

Rápidamente el infeliz se interrumpió para arreglar la luz de la lámpara, humilde, sumiso, deseoso de

evitar la escena que temía, y que, á pesar de todo, no pudo evitar.

Al volver del teatro nos habíamos detenido en la *Casa de Oro* para tomar una botella de vino bueno con que rociar el *estufato*. Todo el camino María Asunción la había llevado religiosamente debajo del mantón, y al llegar la colocó encima de la mesa, y allí la acariciaba con mirada enternecida, porque las romanas son aficionadas al buen vino. Dos ó tres veces ya, desconfiando de las distracciones de su marido y de sus brazos larguiruchos, le había dicho:

—Ten cuidado con la *boteglia*... Vas á romperla.

Y al ir á la cocina para sacar el estofado, volvió á gritarle:

«Sobre todo, no rompas la *boteglia*.»

Desgraciadamente, en cuanto su mujer no estuvo allí, el poeta aprovechó el tiempo para hablar de arte, de teatro, de los éxitos, tan libremente, con tanta verbosidad y entusiasmo que... ¡patatrás! Al hacer un ademán más elocuente que los otros, la botella se hizo mil pedazos y se derramó en el suelo. Jamás

había yo visto un aturdimiento semejante. Se detuvo, se puso muy pálido... Al mismo tiempo rugió la voz de contralto de la italiana en la habitación contigua, y la italiana apareció con los ojos echando fuego, el labio contraído por la rabia, roja del color de la hornilla.

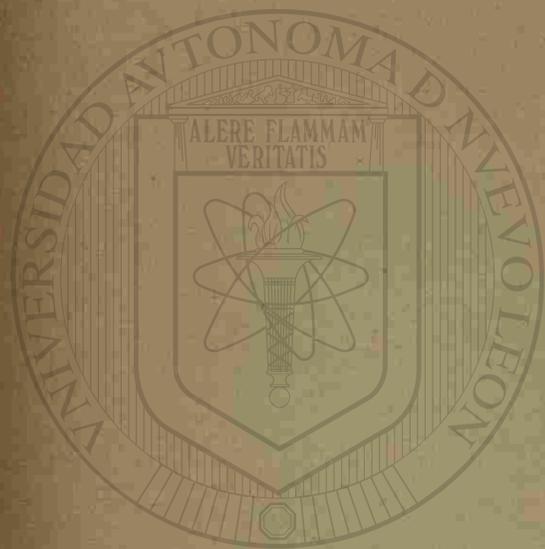
—¡La *boteglia*! rugió con voz terrible.

Entonces él tímidamente se inclinó á mi oído:

—Dí que has sido tú...

Y el pobre diablo tenía tanto miedo, que por debajo de la mesa sentía yo temblar sus piernas...





UN MATRIMONIO DE CANTANTES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

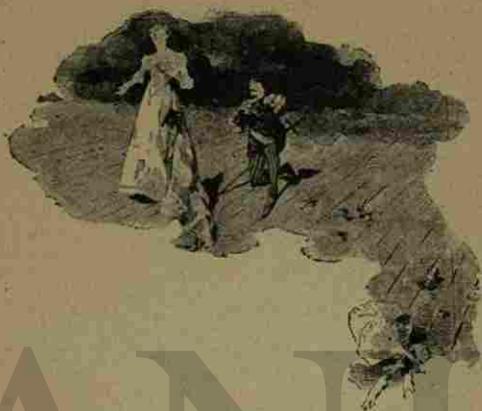
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UN MATRIMONIO DE CANTANTES

¿Cómo no habían de haberse amado? Guapos y célebres los dos, cantando en las mismas obras, viviendo todas las noches, durante cinco actos, la misma vida artificial y apasionada. No se dice uno veinte veces al mes: «¡Te amo!» entre suspiros de flauta y trémolos de violín, sin acabar por dejarse emocionar por la propia voz. A la larga sintieron el amor entre torrentes de armonía, sorpresas

de ritmo, esplendores de trajes y de telones. Llegó á ellos, por la ventana que *Elsa y Lohengrin* abren de par en par una noche vibrante de notas y de resplandores:

«Ven á respirar los embriagadores perfumes..»

Se les metió por entre las blancas columnillas del balcón de los Capuletos, en el cual estuvieron *Romeo y Julieta* hasta el alba en una noche de amor:

«No; todavía no es de día,
Aún no canta la alondra.»

Y dulcemente sorprendió á *Fausto* y á *Margarita* en aquel rayo de luna que daba desde el banco rústico hasta la ventana del cuartito, rodeada con las enredaderas trepadoras y las ramas de los rosales:

«Deja, deja que contemple tu rostro.»

Bien pronto París entero supo sus amores y se interesó por ellos. Aquella fué

la curiosidad de la temporada. La gente iba á admirar aquellas dos hermosas estrellas que gravitaban dulcemente, una hacia otra, en el cielo musical del teatro de la Opera. Por fin, una noche, después de un llamamiento entusiasta, al caer el telón que separaba la deslumbradora sala donde sonaban frenéticos aplausos, y el escenario, sembrado de ramos de rosas y camelias, por encima de las cuales arrastraba la cola del vestido blanco de *Julieta*, los dos cantantes sintieron acometidos por irresistible entusiasmo, como si su amor, un poco ficticio, no esperase para declararse más que la emoción de un gran triunfo. Sus manos se estrecharon, y cambiaron entre sí juramentos consagrados por los lejanos persistentes aplausos del público. Las dos estrellas habían hecho su conjunción.

Después de la boda estuvieron algún



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 1625 MONTERREY, MEXICO

tiempo sin dejarse ver en el teatro. Luego, cuando terminó la licencia que la Empresa les concediera, volvieron juntos á la escena. Hasta aquel día, entre aquellos dos cantantes, el hombre había sido el primero. De más edad que su esposa, más conocedor del público, del cual no ignoraba ni los gustos, ni las preferencias, ni las debilidades, arrebatada con su voz á la gente de las butacas y de los palcos. Al lado suyo, la tiple no parecía más que una discípula admirablemente dotada, la promesa de un genio futuro; su voz, demasiado joven, tenía ángulos, lo mismo que sus hombros, un poco flacos y huesudos. Así es que cuando volvieron á la escena, cuando se presentó ella á cantar las mismas partituras que otras veces, y cuando el sonido lleno, rico, admirable de las primeras notas, se escapó de sus labios, abundante y puro como agua de manantial, hubo en el público un movimiento de admiración tan grande, que todo el interés de la noche se concentró en torno de ella. Fué para la joven uno de esos días felicísimos en que la atmósfera que nos rodea se hace límpida, lige-

ra, vibrante, para dejar que lleguen hasta nosotros todos los rayos, todas las adulaciones del éxito. Al marido casi se olvidaron de aplaudirle; y como todos los resplandores producen cierta sombra en derredor, hallóse relegado, como si fuera un comparsa, al más oscuro rincón de la escena.

Después de todo, aquel amor que se había revelado en la acción escénica de la cantante, su voz encantadora y tierna, estaban inspiradas por él. Sólo él daba brillo á sus hermosos ojos, y esa idea debió enorgullecerle; pero la vanidad del artista pudo más, fué más fuerte. Al concluir la función llamó al jefe de los alabarderos y le puso las orejas coloradas. Habían dejado pasar inadvertidas sus salidas, sus entradas, y olvidado llamarle al final del tercer acto. Se quejaría al director...

¡Ay! Por más que dijo y por más que los alabarderos hicieron, el favor del público, conquistado por su mujer, fué definitivamente para ésta. Tuvo en ventaja suya la elección afortunada de obras, apropiadas á su talento, á su belleza, en

las cuales se presentaba ella con la tranquilidad y aplomo de una mujer de la buena sociedad, que entra en un baile, bien vestida con traje del color que le sentaba á las mil maravillas, y segura de una ovación.

A cada nuevo triunfo el marido se mostraba triste, nervioso, irascible. Aquello, aquel estar en boga que se alejaba de él, amenazando no volver nunca, le producía el efecto de un robo. Durante mucho tiempo procuró ocultar á todo el mundo, y especialmente á su mujer, aquel sufrimiento inexplicable; pero una noche, al subir ella la escalera de su cuarto con la falda cogida con las dos manos y llena de ramos, y que, sin pensar más que en su triunfo, le decía á su marido con voz todavía emocionada por los aplausos: «Hemos tenido muy buena entrada esta noche;» él le contestó con un «¿Crees tú?...» tan irónico, tan amargo, que el alma de la joven se abrió súbitamente á la verdad.

¡Su marido tenía celos! No los celos de un enamorado que quiere que la belleza de su mujer sea para él solo, sino celos

de artista, fríos, feroces, implacables. Algunas veces, cuando acababa un aria, y los bravos multiplicados se dirigían á ella, él fingía una fisonomía impasible, distraída, y su mirada parecía decir á los espectadores: «Cuando acabéis de aplaudir, cantaré yo.»

¡Oh! Los aplausos, ese estrépito de granizada que tiene tan dulce resonancia en los pasillos, en la sala, en los bastidores, cuando una vez los ha recibido un artista, no sabe pasarse sin ellos. Los grandes comediantes no mueren ni de enfermedad ni de vejez; dejan de existir cuando ya no les aplauden. Aquel artista, al ver la indiferencia del público, fué acometido de una verdadera desesperación. Adelgazaba, se le veía huraño, malvado. Por más que se hacía reflexiones, por más que miraba cara á cara su incurable dolencia, por más que se decía que la que iba á salir á escena: «¡Era su mujer... y la adoraba!...»

Ante los fingimientos del teatro, desaparecía en seguida el verdadero sentimiento. Todavía amaba á la mujer, pero detestaba á la cantante. Ella lo compren-

día perfectamente, y de igual suerte que se cuida á un enfermo, vigilaba aquella triste manía. Primero pensó en hacer que disminuyesen sus éxitos, disimulando sus facultades, no haciendo todo lo que podía; pero sus resoluciones, lo mismo que las del marido, no resistían la influencia de las tablas. Su talento iba, casi sin ella quererlo, más allá de su voluntad. Entonces discurrió humillarse, empequeñecerse ante él. Le pedía consejos, le preguntaba si la había encontrado bien, si le parecía que había comprendido bien el papel...

Naturalmente, el otro no estaba nunca satisfecho. Con ese aire bonachón, ese tono de falso compañerismo que los artistas usan entre sí, le decía las noches en que mayor éxito había tenido:

«Ten cuidado, hija mía... ahora no estás bien... no progresas.»

Otras veces quería impedirle que cantase.

«¡Cuidado!... Mira que te prodigas... trabajas demasiado... No vayas á quedarte sin voz... ¿Sabes que debías de pedir una licencia?»

Descendía hasta á las más estúpidas protestas. Decíale que estaba resfriada, que no estaba en voz, ó bien le armaba camorra asegurándole que había entrado demasiado tarde al final del dúo... que había matado sus efectos... que aquello lo hacía á propósito.

¡Sin advertir el infeliz que era él quien la perjudicaba precipitando las réplicas para arrebatarle los aplausos, y que, en su deseo de reconquistar el favor del público, cantaba como si estuviese solo, relegando á su mujer á segundo término! Ella no se quejaba, porque le quería mucho. Además, los triunfos hacen indulgentes á las personas, y todas las noches el éxito la sacaba de la sombra en que procuraba disimularse, y la hacía reaparecer gloriosamente en plena luz. En el teatro no tardaron en echar de ver aquel caso singular de envidia, y los compañeros se divertían con él. Anonadaban al artista dándole todo género de enhorabuenas por el talento de su mujer. Hacíanle leer el artículo de periódico, en el cual, después de dedicar cuatro columnas á la estrella, se dignaban consagrar

cuatro líneas á la crítica del marido. Un día, al acabar de leer uno de esos artículos, entró en el cuarto de su mujer, furioso, con el periódico en la mano, y le dijo lívido de rabia:

—«¿Ha sido tu amante este hombre?»

Hasta ese extremo llegaba en sus injurias. Así es que la pobre muchacha, festejada, envidiada, cuyo nombre, siempre en el cartel, se leía en todos los rincones de París, y era hasta acaparado por los comerciantes como reclamo, porque le ponían en las menudas y doradas etiquetas de los confiteros, de los perfumistas, llevaba la vida más triste, más humillada que darse puede. No se atrevía ni á abrir un periódico, temerosa de leer su elogio; lloraba sobre las flores que le arrojaban á la escena, las cuales dejaba marchitarse en un rincón de su camarín para no perpetuar en su casa el recuerdo cruel de los triunfos ruidosos. Quiso retirarse del teatro, pero su marido se opuso:

«Dirán que yo te he obligado á dejar la escena.»

Y aquel horrible suplicio continuó para los dos.

Cierta noche de estreno la cantante iba á salir á escena. Alguien le dijo: «Tenga usted cuidado... porque en el público hay un complot contra usted.» Aquello le hizo



reír. ¿Un complot contra ella? ¿Y por qué? ¡Si ella no tenía más que simpatías y vivía fuera de toda *coterie*! Sin embargo, era verdad. En medio del acto, en un dúo magnífico con su marido, en el momento

en que su voz soberbia, llevada al punto más alto de su registro, acababa un sonido, después de una serie de notas iguales y puras como las perlas redondas de un collar, una tempestad de silbidos la hizo callar. El público se quedó tan emocionado, tan sorprendido como ella misma. Hasta las respiraciones parecían contenidas, prisioneras en los pechos como el trino que no había podido concluir. De pronto una idea loca, espantosa, cruzó su imaginación... Él estaba solo en escena con ella. Ella le miró, y vió que se animaba su semblante con sonrisa casi imperceptible de maldad.



La infeliz muchacha lo comprendió todo. Los sollozos la ahogaban. No pudo hacer más que romper á llorar, y desaparecer, ciega, por entre bastidores...

¡Su marido era quien había hecho que la silbasen!

POR NO ENTENDERSE



POR NO ENTENDERSE

VERSIÓN DE LA MUJER

¿Qué tiene? ¿Por qué está enfadado conmigo? No entiendo una palabra. He hecho, sin embargo, todo lo posible por hacerlo feliz... ¡Dios mío! No digo que, en lugar de con un poeta, no hubiese preferido yo casarme con un notario,



POR NO ENTENDERSE

VERSIÓN DEL MARIDO

Había pensado en todo, tomado todas mis precauciones. No quería casarme con una parisiense, porque las parisien-
ses me daban miedo. No quería una mu-
jer rica, que me trajese consigo un sin fin
de exigencias. Temía también la familia,

VERSIÓN DE LA MUJER

*con un abogado, con algo más positivo,
menos en el aire, que esa profesión; pero,*



*en fin, tal como era me gustaba. Lo en-
contraba un poco exaltado, pero muy
agradable, muy bien educado; además,
tenía alguna fortuna, y yo creía que,
una vez casado, su poesía no fuera un*

VERSIÓN DEL MARIDO

ese terrible enlace de afectos burgue-
ses, acaparadores que os aprisionan,



os ahogan, os estrechan... Mi mujer era
como yo la había soñado. Yo me de-
cía: «¡Me lo deberá todo!» ¡Qué gozo el
de formar aquel espíritu cándido para
las cosas bellas, iniciar aquel alma pura

VERSIÓN DE LA MUJER

obstáculo para que buscara una buena colocación que nos proporcionara la manera de vivir sin preocupaciones. Él también me encontraba deliciosa en aquella época. Cuando iba a verme en casa de mi tía, al campo, no tenía palabras bastantes con que expresar su admiración por el orden y arreglo que reinaba en nuestra casita, cuidada como un convento.— ¡Esto es divertido! decía. Reía, me aplicaba una porción de nombres bonitos, sacados de los poemas, de las novelas que había leído. Aquello me chocaba un poco, lo confieso; lo hubiera querido más serio. Pero hasta que estuvimos casados, hasta que nos instalamos en París, no percibi la diferencia de nuestros dos caracteres.

Yo, que soñaba con una casita bien arreglada, clara y limpia, lo vi llenar nuestra habitación de muebles imitiles, pasados de moda, perdidos de polvo, con tapices tan antiguos y tan ajados... ¡Y no ha habido más remedio! Figuráos que me ha hecho llevar a la buhardilla

VERSIÓN DEL MARIDO

en mis entusiasmos, en mis esperanzas: dar vida a esa estatua!

Y es que, en efecto, tenía aire de estatua con sus magníficos ojos, serios y tranquilos, su perfil griego tan regular, sus facciones correctas y severas, pero endulzadas por la expresión de los rostros juveniles, aquel vello con matices sonrosados, la sombra de sus preciosos cabellos. Añadid á eso un acentito provinciano que me deleitaba, al que prestaba yo oídos, con los ojos cerrados, como á un recuerdo de la infancia, como eco de una vida tranquila en un rinconcito muy lejano, muy escondido. ¡Y decir que ahora ese acento se me ha hecho insoportable!... Y es que entonces tenía yo fe. Amaba, era feliz, y estaba dispuesto á serlo todavía más. Lleno de afición al trabajo, había empezado, en cuanto me casé, un nuevo poema, y por la noche le leía los versos que había escrito aquel día. Quise hacerla entrar por completo en mi vida. Las primeras veces me decía: «Es bonito»; y yo le agradecía aque-

VERSIÓN DE LA MUJER

un bonito reloj Imperio, que me había dado mi tía, y unos cuadros con marcos magníficos, regalados por mis compañeras de colegio. Encontraba todo aquello horrible. Todavía estoy preguntándome el por qué.

Porque, en fin, su gabinete de trabajo era una colección de tapices viejos y de telas sucias, de estatuillas que me daba vergüenza mirar, antiguallas destrazadas que para nada sirven, candeleros llenos de moho, floreros rotos que se salían, y tazas desapareadas. Al lado de mi buen piano de palisandro había puesto otro pequeñito, muy feo, desvencijado, al que le faltaban la mitad de las teclas, y tan usado que apenas se le oía. Yo empezaba á decir para mis adentros: —¡Ah! Pero ¿es que los artistas son locos?... ¿No les gusta más que las cosas inútiles y desprecian todo lo que puede servir para algo?

Cuando vi sus amigos, la gente que recibí, aquello fué peor. Gente de pelos largos, de barbas sin recortar, mal pei-

VERSIÓN DEL MARIDO

lla aprobación infantil, esperando que, á la larga, acabaría por comprender lo que constituía mi vida.

¡Infeliz! ¡Cómo he debido aburrirla! Después de leerle mis versos, se los explicaba, buscando en sus bellísimos ojos asombrados, la luz que esperaba, creyendo que la iba á ver á cada momento. La obligaba á darme su opinión, y pasaba como sobre ascuas por sus tonterías, para no fijarme más que en lo bueno que se le ocurría por casualidad. ¡Hubiera deseado tanto hacer de ella mi verdadera mujer, la mujer de un artista!... ¡Pero no!... No comprendía. Por más que le recitaba á los grandes poetas, á los mejores, á los más tiernos, los versos de oro de los poemas de amor caían cerca de ella con el fastidio y la frialdad de un torrente. Una vez, me acuerdo que estábamos leyendo la *Noche de Octubre*, ella me interrumpió para pedirme una cosa «más seria.» Entonces traté de demostrarle que no hay nada más serio en el mundo que la poesía, que es la esen-

VERSIÓN DE LA MUJER

nados, mal vestidos, que no se privaban de fumar delante de mí y que me hacían daño cuando les oía expresar sus ideas, en contradicción todas con las



mías. Tenían siempre en los labios palabras rimbombantes, frases de relumbrón, nada natural, nada sencillo. Además, carecían de toda noción de

lo que son las conveniencias sociales; podríais convidarlos á comer veinte veces seguidas: jamás os harían una visita, jamás cumplirían un deber de cortesía. Ni siquiera una tarjeta, unos dulces. Nada... Algunos de aquellos señores estaban casados y llevaban á sus mujeres á mi casa. ¡Era cosa de ver qué clase de personas eran aquellas! Todos los días se presentaban con trajes vistosos, que yo no usaré jamás, á Dios gracias. ¡Y tan mal arregladas, sin orden ni sentido!

VERSIÓN DEL MARIDO

cia misma de la vida y flota por encima de ella como una luz vibrante, con la cual las palabras, los pensamientos, se



elevan y se transfiguran. ¡Oh! ¡Qué sonrisa desdenosa de su boquita y qué condescendencia de su mirada!... Parecía que le estaba hablando un niño ó un loco.

¡Cuántas fuerzas, cuánta elocuencia inútil he gastado así! Y nada conseguía. Me estrellaba perpetuamente contra lo

VERSIÓN DE LA MUJER

Cabellos alborotados, faldas arrastrando y habilidades que luchan descaradamente! Había algunas que cantaban como actrices y tocaban el piano como profesoras; todas charlaban de todo como si fuesen hombres. ¿Es eso razonable? pregunto yo. ¿Es que las mujeres serias, después de casadas, deben pensar en nada que no sea los cuidados de su casa? Pues esto es lo que he procurado hacer comprender á mi marido, que estaba disgustado porque yo abandonaba la música. La música es buena para una muchacha que no tiene cosa mejor en qué pensar. Pero, francamente, me habría encontrado ridícula á mi misma si me hubiese puesto todos los días al piano.

¡Oh! Ya lo sé. Su gran queja conmigo es que he querido arrancarlo á ese medio ambiente, tan peligroso para él.—Has ahuyentado á todos mis amigos, me dice algunas veces. Sí, es verdad; lo he hecho, y no me arrepiento. Esas gentes hubieran acabado por volvérmelo loco.

VERSIÓN DEL MARIDO

que ella llamaba el buen sentido, la razón, esa excusa eterna de los corazones secos y de los estrechos espíritus. Y no es sólo la poesía lo que le fastidiaba. Antes de casarnos la había yo creído aficionada á la música. Parecía comprender las piezas que tocaba, dirigida por su profesor. Pero, apenas nos casamos, cerró el piano y renunció á la música... ¿Sabéis de algo que sea más triste que ese abandono, por parte de la mujer casada, de todo aquello que gustaba en ella cuando era soltera? Una vez dicho el parlamento, terminado el papel, la damita joven se descuida. Todo aquello no eran más que ardid para casarse, habilidades superficiales, bonitas sonrisas engañosas y elegancia pasajera. En ella el cambio ha sido instantáneo. Al principio esperé que los gustos que yo no había podido darle, la inteligencia del arte, de las cosas bellas, los adquiriría en este París admirable, donde así los ojos como el espíritu se afinan, sin que uno lo advierta. Pero... ¿qué hacer de una mujer

VERSIÓN DE LA MUJER

Algunas veces, después de separarse de ellos, pasaba las noches haciendo coplas, paseando por las habitaciones y hablando alto. ¡Cómo si ya no fuese bastante extraño, bastante original por naturaleza, sin necesidad de que nadie lo excitase! ¡Cuántos caprichos, cuántas extravagancias he tenido que soportar! De pronto, por la mañana, se presentaba en mi cuarto:— Corre, vistete... Nos vamos al campo. Era necesario dejarlo todo, la costura, el arreglo de la casa, tomar un coche, andar en ferrocarril, gastar



VERSIÓN DEL MARIDO

que no sabe abrir un libro, ni mirar un cuadro, á quien todo aburre, la cual no quiere ver nada? Comprendí que era menester resignarme á no tener á mi lado



más que una mujer de su casa, activa y económica. ¡Oh, muy económica! La mujer, según Proudhon, y nada más. Yo hubiese tomado mi partido, porque ¡hay tantos artistas en mi caso! Pero es que no se contentaba con ese modesto papel.

Poco á poco, hábilmente, silenciosamente, consiguió alejar de nuestra casa á todos mis amigos. Delante de ella no

VERSIÓN DE LA MUJER

un dineral. ¡Y yo que no pensaba más que en economizar! Porque, en fin, con quince mil francos no se es rico en París, ni puede uno formar un capital á sus hijos.

Al principio se reía de mis observaciones y procuraba hacerme reír; luego, cuando vió mi propósito firme de ser seria, se enfadó por mi sencillez, por mis gustos caseros. ¿Tengo yo la culpa de detestar el teatro, los conciertos, todas esas veladas artísticas á las cuales quería hacerme ir, y en las que tropezaba con sus antiguos amigos, un atajo de calaveras, de bohemios, de disipadores?

En un tiempo creí que se volvería más razonable. Había yo logrado separarlo de sus malas compañías, y hacernos con la amistad de gentes sensatas, bien educadas, con relaciones que podían sernos útiles... ¡Pues no, señor! El caballero se aburría de lo lindo. ¡A nuestras reuniones de confianza, en las cuales instalé, sin embargo, partidas de whist, té, todo

VERSIÓN DEL MARIDO

estábamos cohibidos. Hablábamos como en otros tiempos; y de nuestras exageraciones artísticas, de aquellos axiomas alocados, de aquellas paradojas en las cuales se envolvía la idea para aparecer más sonriente, ella no comprendía ni la fantasía ni la ironía. Todo aquello no hacía más que irritarla y confundirla.

Sentada en un rincón de la sala, escuchaba sin decir palabra, prometiéndose ir eliminando uno á uno á todos los que tanto la molestaban. A pesar de una buena acogida aparente, sentíase ya en mi casa esa pequeña corriente de aire frío que da á entender que la puerta está entreabierta y que debe uno marcharse pronto.

Cuando mis amigos desaparecieron, los sustituyó con los suyos. Me he visto invadido por una porción de gente inepta, extraña al arte, fastidiosa, que despreciaba altamente la poesía porque *no produce nada*. A propósito, citaban delante de mí, y en voz muy alta, los nom-

VERSIÓN DE LA MUJER

lo necesario, gastaba una cara y un humor!...

Cuando estábamos solos, lo mismo. Y yo, sin embargo, tenta todo género de atenciones. Yo le decía:— Léeme un poco de lo que haces. Me recitaba versos, tiradas de versos. Yo no los comprendía y, no obstante, fingía interesarme, y de cuando en cuando hacía una pequeña observación, al azar; observación que casi siempre tenía el privilegio de disgustarlo. En un año, á fuerza de trabajar día y noche, no logró hacer más que un libro, del cual no se ha vendido nada. Yo le dije:— ¡Ah! ¿Lo ves? se lo dije para convencerlo, para animarlo á que se dedicase á algo más productivo. Se puso furioso, y luego le acometió una tristeza perpetua, que me hacía muy desgraciada. Mis amigos me aconsejaban lo mejor que podían:— Ya ve usted, hija, que eso es el aburrimiento, el mal humor de un hombre desocupado... Si trabajase un poco más, no estaría tan disgustado.

Entonces me puse en campaña, y con-

VERSIÓN DEL MARIDO

bres de los autores á la moda, de los fabricantes de obras y de novelas al por mayor: «¡Fulano gana mucho dinero!...»

¡Ganar dinero! Eso es todo para estos monstruos, y yo tenía el disgusto de pensar que mi mujer opinaba como ellos. En aquel medio ambiente siniestro, todas sus costumbres provincianas, todos sus puntos de vista, mezquinos y limitados, se habían convertido en una increíble avaricia. ¡Quince mil francos de renta! Me parece que con eso se puede vivir tranquilamente y sin preocuparse del día de mañana. ¡Pues no, señor! La oía siempre quejarse, hablar de economías, de reformas, de destinos ventajosos. A medida que me llenaba de todos esos pormenores estúpidos, sentía yo que huían de mí la afición y el deseo de trabajar. A veces se acercaba á mi mesa, hojeaba desdeñosamente los versos comenzados. «¡Bah!» decía, contando las horas empleadas en escribir aquellas cuartillas. ¡Ah! Si hubiera querido escu-

VERSIÓN DE LA MUJER

migo todos mis amigos, para encontrarle un empleo. Removí el cielo y la tierra, hice que sé yo cuántas visitas á esposas de subsecretarios, de jefes de sección, fui hasta el despacho del Ministro; todo esto sin decirle nada. Era una sorpresa que quería darle. Yo decía para mis adentros:— Veremos si ahora se pone contento. Por fin, el día llegó en que recibí su nombramiento, un bonito sobre grande, con cinco sellos de lacre, y se lo llevé á su gabinete, loca de alegría. Aquello era el porvenir asegurado, la tranquilidad en el trabajo, las comodidades, la satisfacción de sí mismo... ¿Sabéis lo que me dijo? Me dijo que no me lo perdonaría nunca. Y en seguida rompió en mil pedazos la credencial, y se marchó dando portazos. ¡Oh! ¡Estos artistas, estas pobres cabezas destornilladas que toman la vida al revés! ¿Qué será de mí con un hombre semejante? Hubiera querido hablarle, darle razones. Pero no. Bien me habían dicho que era un loco. ¿A qué hablarle? No usaba-

VERSIÓN DEL MARIDO

charla, este nombre de poeta que he tardado tantos años en adquirir, se arrastraría á estas horas en el lodo de las producciones de pacotilla... ¡Y cuando pienso que á esta misma mujer había yo entregado todo mi corazón, todas mis ilusiones! ¡Cuando pienso que este dedén que me muestra porque no gano dinero, data de los primeros días de nuestro casamiento! Verdaderamente, me avergüenzo por ella y por mí.

¡No gano dinero! Eso lo explica todo; los reproches de su mirada, su admiración por las vulgaridades productivas, hasta esas gestiones hechas últimamente para conseguirme no sé qué destino en un Ministerio.

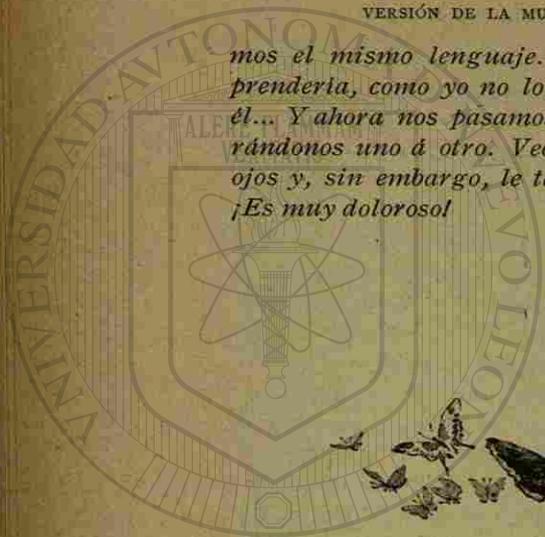
Naturalmente, me he resistido. No me queda más que eso: una voluntad inerte, á prueba de todos los asaltos, de todas las persuasiones. Ya puede hablarme durante horas enteras, helarme con su más fría sonrisa; mi pensamiento está siempre lejos de ella, y siempre lo estará... ¡Así estamos! Casados, condena-

VERSIÓN DE LA MUJER

mos el mismo lenguaje. No me comprendería, como yo no lo comprendo á él... Y ahora nos pasamos la vida mirándonos uno á otro. Veo odio en sus ojos y, sin embargo, le tengo cariño... ¡Es muy doloroso!

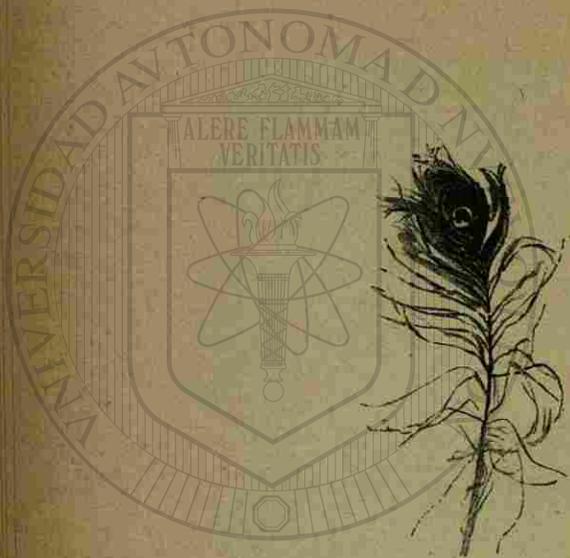
VERSIÓN DEL MARIDO

dos á vivir juntos cuando nos separan muchas leguas de distancia, y estamos demasiado cansados, demasiado descorazonados para intentar dar un paso el uno hacia el otro. ¡Esa es la vida!... ¡Es horrible!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

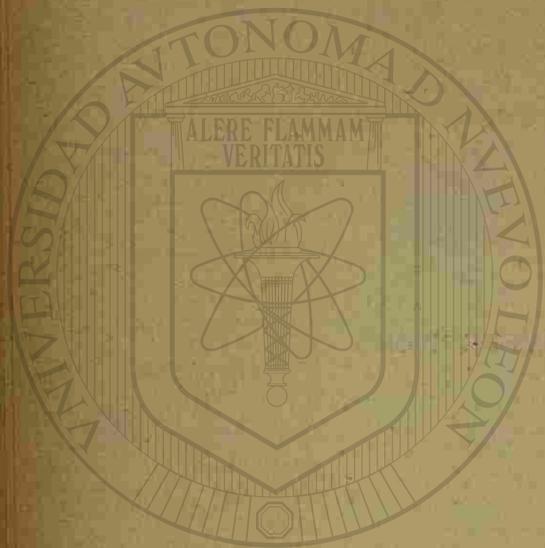


VÍAS DE HECHO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VÍAS DE HECHO

BUFETE
DEL SR. PETITBRY,
abogado consultor.

*Señora Nina de B..., en casa de su tía.
Moulins.*

Señora: Con arreglo á los deseos de su señora tía de usted, me he ocupado del asunto de referencia. He estudiado los hechos uno por uno y sometido todas vuestras quejas á la más escrupulosa investigación. Pues bien; en conciencia

debo de decir á usted que la pera no está madura todavía, ó, para hablar con más claridad, que no tiene usted bastante fundamento para entablar en serio una demanda de separación. No olvidemos que la ley francesa es una persona muy positivista, que no tiene ni la delicadeza ni el instinto de los matices. No tiene en cuenta más que el hecho, el hecho serio, brutal; y, desgraciadamente, ese hecho no lo tenemos. Cierto que me he sentido profundamente conmovido al leer el relato de ese primer año de matrimonio, tan penoso para usted. Ha pagado usted bien cara la gloria de unirse con un artista célebre, con uno de esos hombres en quienes la fama, la adulación, desarrollan un egoísmo monstruoso; los cuales deben vivir solos, so pena de tronchar la débil y tímida existencia de quien intente unirse á ellos... ¡Ah, señora! desde el comienzo de mi carrera ¡cuántas esposas desgraciadas he visto que se hallaban en la misma situación en que usted se encuentra! Esos artistas, que viven del público y sólo para el público, no llevan al hogar más que el cansancio de su

gloria ó la tristeza de sus fracasos. Una existencia agitada, sin brújula ni timón, ideas subversivas, contrarias á toda conveniencia social; el desprecio á la familia y á sus goces; la excitación cerebral buscada en el abuso del tabaco, de los licores fuertes, sin hablar de otras cosas, es lo que constituye ese terrible elemento artístico, al cual pudo sustraer á usted su querida tía; pero repito que sin dejar de comprender sus angustias y cuidados, y hasta sus remordimientos por haber consentido en esa boda, no veo que las cosas hayan llegado al punto necesario para lo que usted desea.

Ya he comenzado, sin embargo, un proyecto de demanda judicial, en el cual se hallan agrupados y puestos de relieve con bastante habilidad los principales motivos de queja que tiene usted. He aquí algunas partes de la obra:

1.º *Groserías del marido para con la familia de su señora.*—Negativa á recibir á nuestra tía, de Moulins, que nos ha educado y nos adora.—Apodos ridículos puestos á esa venerable señorita, cuya espalda está un poco encorvada.—Bur-

las, epigramas, dibujos al lápiz y á la pluma acerca de la referida tía y de su enfermedad.

2.º *Insociabilidad*.—Negativa de ver á los amigos de su esposa; de pagar las visitas de novios; de enviar tarjetas, de contestar á las invitaciones, etc...

3.º *Dilapidación*.—Dinero prestado sin recibo á toda clase de bohemios.—Mesa siempre puesta; casa transformada en hospedería.—Suscripciones continuas para estatuas, panteones, obras de caridad para compañeros desgraciados.—¡Fundación de una revista artística y científica!

4.º *Groserías para con su señora*.—Haber dicho en voz alta, y refiriéndose á nosotros: «¡Qué pava!»

5.º *Sevicias y violencias*.—Excesiva brutalidad del marido.—Furor con los más fútiles pretextos.—Rotura de vajilla y de muebles.—Ruido, escándalo, expresiones malsonantes.

Todo esto, como puede usted ver, mi querida amiga, forma un cuerpo de acusación bastante respetable, pero insuficiente. No nos faltan más que las vías de

hecho. ¡Ah! ¡Si tuviésemos siquiera una vía de hecho delante de testigos, nuestro negocio sería magnífico! Pero no es ahora, ciertamente, cuando ha puesto usted cincuenta leguas de distancia entre su persona y su marido, cuando podemos esperar un acontecimiento de esa naturaleza. Y digo esperar, porque, dada la situación, una brutalidad de ese hombre sería lo mejor que podría ocurrirnos.

Quedo de usted, señora, en espera de sus órdenes, afectísimo y respetuoso servidor,

PETITBRY.

P. S. Brutalidad ante testigos, por supuesto.

Sr. Abogado Petitbry,

Paris,

¡Cómo, caballero! ¡Ahora estamos en esas! ¡Es eso lo que han hecho nuestras leyes de la antigua caballería francesa!... ¡De modo que, mientras en muchas ocasiones basta una mala inteli-



UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERRREY, MEXICO

gencia para separar dos corazones para siempre, necesitan los Tribunales actos de violencia para motivar una separación!... ¿No es eso indigno, injusto, bárbaro, irritante?... Pensar que para que recobre su libertad mi pobrecita sobrina se vea obligada á poner su cuello al verdugo, entregarse á todo el furor del monstruo, y hasta excitarlo... Pero, no importa; nuestra resolución está tomada. ¿Se necesitan vías de hecho? Pues las tendremos. Mañana mismo regresa Nina á París. ¿Cómo será recibida? ¿Qué sucederá allí? No puedo pensar en ello sin entristecerme. Al pensarlo me estremezco, mi mano tiembla, mis ojos se humedecen. ¡Ah, amigo mio!... ¡Ah, Sr. Petitbry!... ¡Ah!

LA DESGRACIADA TÍA DE NINA.



BUFETE
DEL SR. MARESTANG,
abogado
del Tribunal del Sena.

*Sr. Enrique de B***, publicista.*

Paris.

¡Calma, calma, calma!... Prohibo á usted que vaya á Moulins en persecución de su fugitiva. Es más prudente, es más seguro esperarla en el hogar, al amor de la lumbre. ¿Qué ha sucedido, en resumen? Se ha negado usted á recibir á esa vieja solterona, ridícula y mala, y su mujer de usted se ha ido con ella. Eso era de esperar. La familia ejerce gran influencia sobre el corazón de una casada tan joven. Ha querido usted ir demasiado de prisa. Piense usted que esa tía la ha educado; que no tiene más parientes que ella... «Tiene su marido», dirá usted. Pero, hijo mío, aquí para *inter nos*, bien podremos confesar que los maridos no son siempre amables. ¡Conozco uno que, á pesar de su buen corazón, es de una nerviosidad, de una violencia!... Quiero

conceder que el trabajo y las preocupaciones artísticas entran por mucho. Pero el caso es que el pájaro se ha asustado y se ha vuelto á su antigua jaula. No tema usted que permanezca allí mucho tiempo. Ó yo me equivoco mucho, ó esa nueva parisiense se aburrirá muy pronto allí, y no tardará en echar de menos las turbulencias de su poeta... Sobre todo, no se mueva usted.

Su viejo amigo,

MARESTANG.



Sr. Marestang, abogado.

París.

Al mismo tiempo que la razonable y amistosa carta de usted, recibo un telegrama de Moulins anunciándome el regreso de Nina. ¡Ah! ¡Qué buen profeta ha sido usted! Vuelve esta noche, sola, como se había ido, sin que yo tenga dado ningún paso. Se trata ahora de hacerle pasar una vida tan dulce, tan agradable, que no se le vuelva á ocurrir

marcharse. Yo he hecho provisiones de paciencia, de cariño, durante esos ocho días de ausencia. No hay más que un punto acerca del cual no varío: no quiero volver á ver en nuestra casa al demonio de la Tita-Joroba, esa antigualla que me ha dado á su sobrina con la única esperanza de que mi pequeña celebridad le sirviese á ella. Figúrese usted, mi querido Marestang, que desde que me casé, esa malvada viejecilla se ha interpuesto constantemente entre mi mujer y yo, metiendo siempre su joroba en todas partes: en el teatro, en las Exposiciones, en sociedad, en el campo. ¿Puede sorprender á usted, ni á nadie, que después de eso haya puesto cierta precipitación en despedirla, en enviarla á su buena ciudad de Moulins?

No se sospecha, amigo mío, todo el mal que esas viejas ignorantes de la vida, y desconfiadas, son capaces de hacer á un matrimonio joven. Esa había metido en la preciosa cabecita de mi mujer una provisión de ideas falsas, anticuadas, absurdas; un ridículo sentimentalismo del tiempo de Ipsiboé, del joven Floran-

ge. ¡Ah, si mi dama me vieses!... Para ella era yo un poeta, un poeta que se ve en los frontispicios de Renduel ó de Ladvocat, coronado de laureles, con una lira en la mano y la capita de terciopelo agitada por las brisas de las altas cimas. Era el marido que había prometido ella á su sobrina, y ya supondrá usted cuán desilusionada habrá quedado mi pobre Niña. Convengo que he tenido poco tacto para tratar á esa niña queridísima. Como usted dice, he querido ir demasiado de prisa, y la he espantado. Esa educación suya, un poco estrecha, falseada por la vida del convento y las cursilerías sentimentales de su tía, debía yo

destruirla suavemente, dejando tiempo para que se evaporase el perfume provincial... Todo esto tiene remedio, puesto que ella vuelve... Vuelve, mi querido amigo... Esta noche iré á esperarla á la estación y regresaremos á casa cogidos del brazo, reconciliados y felices.

ENRIQUE DE B...



Niña de B... á su tía.

Me esperaba en la estación y me recibió sonriendo, echándome los brazos,



como si regresara de un viaje ordinario. Ya supondrás que le puse la cara más fría que pude. Apenas estuvimos en casa, me encerré en mi cuarto, y allí comí sola, pretextando que estaba muy cansada.

En seguida eché la llave á la puerta. Me dió las buenas noches por la cerradura, lo cual me sorprendió mucho, y más me sorprendió que en seguida se alejó sin enfadarse, sin insistir... Esta mañana he visitado al Sr. Petitbry, que me ha dado minuciosas instrucciones sobre la manera de conseguir nuestros deseos, y lo que debía hacer para ello, y la hora, el sitio, los testigos... ¡Ah, mi querida tía! ¡Si supieras cuánto miedo tengo á medida que se acerca el momento! Sus furroses son terribles. Hasta cuando está cariñoso como ayer, sus ojos tienen resplandores de tempestad... En fin, seré fuerte, pensando en ti, querida mía... Además



NINA.

como ha dicho el Sr. Petitbry, no es más que un momento malo lo que tengo que pasar; luego recobramos nosotras nuestra vida de otro tiempo, tranquila y feliz.



De la misma á la misma.

Querida tía: Te escribo desde la cama, tronchada por la emoción de esa escena terrible. ¿Quién hubiera creído que las cosas iban á tomar este sesgo? Y, sin embargo, todas mis precauciones estaban tomadas. Había avisado á Marta y á su hermana, quienes debían venir á una hora dada, para la escena final, el momento de empezar á comer nosotros y en que los criados están aún poniendo la mesa en el comedor contiguo al despa-

cho. Desde por la mañana estaban preparadas mis baterías: una hora de escalas, de estudios al piano, *Las campanas del monasterio*, *Los sueños de Rosellen*; todas las piezas que él detesta. Esto no le había impedido trabajar sin enfadarse. En el almuerzo la misma paciencia. Un almuerzo horrible, de sobras, de platos que no puede soportar. ¡Y si hubieses visto mi traje! Una falda de peregrina que tiene cinco años, un delantalito de seda negra, el cabello sin rizar! Buscaba yo en su fisonomía síntomas de enfado, ese entrecejo tan conocido que se le marca al caballero en cuanto le contrarían. ¡Pues, no señor, nada! ¡Parecía que me habían cambiado de marido! Me dijo con tono tranquilo y un poco triste:

—¿Te has vuelto á peinar como antes?

Yo apenas le contesté, porque no quería precipitar los sucesos antes de la llegada de los testigos, y además, ¡cosa extraña! me sentía conmovida, impresionada por anticipado, con la escena que iba á provocar. Finalmente, después de algunas respuestas desabridas de parte mía, se levantó de la mesa y se fué á su

cuarto. Le seguí temblando. Vi á mis amigos que se instalaban en el saloncito y á Pedro que iba y venía arreglando los cubiertos y la vajilla. Había llegado el momento. Era preciso provocar grandes violencias, y esto me parecía fácil después de lo que había yo hecho desde por la mañana para sacarle de sus casillas.

Al entrar en su despacho debía yo de estar muy pálida. Sentíame dentro de la jaula del león y tuve esta idea: «¡Y si me matase!»

No tenía, sin embargo, el aspecto terrible, echado en su diván y con el cigarro en la boca.

—¿Te incomodo? le pregunté irónicamente.

Él, con la mayor tranquilidad:

—No. Ya ves... que no estoy trabajando.

Yo, siempre con ironía:

—¡Ah! ¿Pero es que tú trabajas alguna vez?

Él, siempre muy cariñoso:

—Te equivocas, hija mía. Por el contrario, trabajo mucho... Sólo que nuestro oficio es de esos en los cuales se puede

trabajar sin tener ninguna herramienta en la mano.

Yo:

—¿Y qué haces ahora?... Ah, sí, ya sé; esa obra en verso que dura hace ya dos años. ¿Sabes que ha sido una suerte que tu mujer sea rica?... Porque así puedes permitirte ser perezoso.

Creí que iba á saltar Pero no. Me cogió las manos cariñosamente:

—Vamos, hija. ¿Va á ser siempre lo mismo? ¿Vamos á empezar de nuevo nuestra vida de guerra?... Entonces, ¿para qué has vuelto?

Confieso que me sentí conmovida por su tono cariñoso y un poco triste; pero pensé en ti, pobre tía mía, en tu destierro, en tus motivos de queja, y eso me dió valor. Busqué lo más amargo, lo más ofensivo que pudiera decirle... ¿Qué sé yo?... Que me arrepentía de haberme casado con un artista; que en Moullins todo el mundo me tenía lástima; que me había encontrado á todas mis amigas casadas con magistrados, con hombres serios, influyentes, de buena posición, mientras él... ¡Y sisiquiera ganase dinero! Pero no,

el caballero trabaja por la gloria. ¡Y qué gloria!... En Moullins no le conocía nadie; en París silbaban sus obras. Sus libros no se vendían, y patatín, patatán... Le



decía todo lo malo que se me venía á la lengua.

Él me miraba sin contestar, con fría cólera. Naturalmente, aquella frialdad me exasperaba más. Estaba tan excitada, que ya no conocía ni mi propia voz,

la cual había subido á un diapasón extraordinario, y las últimas frases que le lancé—no sé qué epigrama injusto y soez—zumbaron en mis oídos... Creí que el Sr. Petitbry podía ya contar con su vía de hecho. Lívido, con los dientes apretados, Enrique había dado dos pasos hacia mí:

—¡Señoral...

Luego, de pronto, desapareció su cólera; su fisonomía se quedó impasible y me miró con un aire tan despreciativo, tan insolente, tan tranquilo... ¡Oh! Mi paciencia se acababa. Levanté la mano y ¡plum! le apliqué el bofetón más tremendo que he dado en mi vida. Al ruido se abrió la puerta, mis testigos se presentan solemnes:

—¡Caballero, eso es una indignidad!...

—¿No es verdad que sí? decía el pobre muchacho enseñando la mejilla enrojecida.

Ya supondrás lo turbada que estaba yo. Afortunadamente, tomé el partido de retirarme y de llorar mucho, lo cual me desahogó... Ahora está Enrique en mi cuarto. Me vela, me cuida y verdadera-

mente se muestra muy bondadoso conmigo... ¿Qué hacer? ¡Vaya un apuro!... ¡Lo que es el Sr. Petitbry no debe de estar muy contento!

NINA DE B..



®



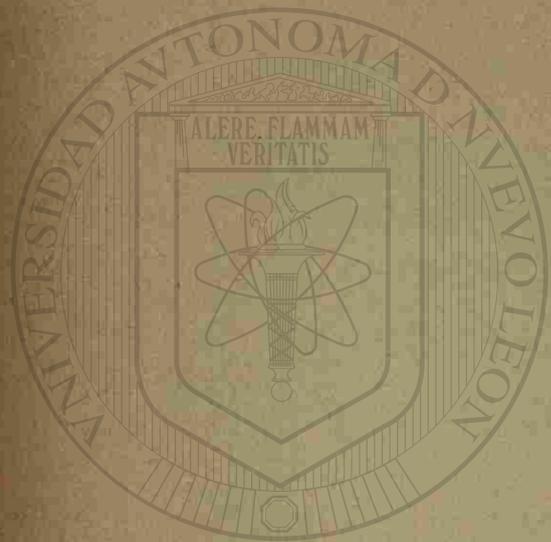
LA BOHEMIA EN FAMILIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TECNOLÓGICAS



LA BOHEMIA EN FAMILIA

No creo que se pueda encontrar en todo París una casa más extraña y más alegre que la del escultor Simaise. La vida en esa casa es una fiesta perpetua. A cualquier hora que lleguéis allí, oiréis cantos, risas, el ruido de un piano, de una guitarra, de un tambor. Si entráis en el estudio, será muy extraño que no entréis en el instante en que están jugando al volante, ó valsando, ó haciendo una

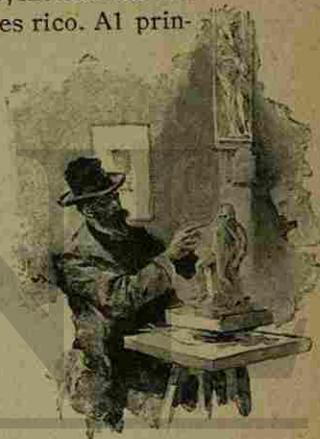


figura de rigodones, ó preparando un baile; andando por entre recortes de tul, cintas arrastrando cerca de las herramientas, flores contrahechas colgadas de los bustos de yeso, faldas puestas encima de una estatua todavía húmeda.



Y es que hay allí cuatro muchachas de dieciséis á veinticinco años, muy bonitas, pero muy revoltosas; y cuando esas señoritas se mueven con los cabellos sueltos, cayendo por las espaldas, adornados con cintas, con largas agujas, con vistosos broches, cualquiera creería que, en vez de cuatro, son ocho, dieciséis, treinta y dos señoritas de Simaise, tan animadas unas como otras, hablando alto, riendo fuerte, con ese aire de muchacho, peculiar á casi todas las hijas de artista, ademanes propios de los estudios, un aplomo de aprendiz y pintándose solas para eso de despedir á un *inglés*

ó de tirarle cualquier cosa á la cabeza al tendero que se permite presentar su cuenta en un momento inoportuno. Esas muchachas son las verdaderas amas de la casa. El padre trabaja desde que amanece, esculpiendo, modelando sin descanso, porque no es rico. Al principio era ambicioso, se esforzaba por hacer las cosas bien. Algunos éxitos en las Exposiciones le presagiaban cierta gloria. Pero aquella familia, exigente para mantenerse, para vestirse y para divertirse, lo redujeron á ser un adocnado en su oficio.



La señora de Simaise no se ocupaba de nada. Muy guapa cuando se casó, muy festejada en la sociedad artística donde la presentó su marido, se consagró sola y exclusivamente á ser una mujer bonita primero, y luego, á ser una que ha sido mujer bonita.

De origen criollo, según dicen, por más que me aseguran que sus padres no han salido nunca de Courbevoie, pasa los días, desde por la mañana hasta por la noche, en una hamaca, colgada unas veces en una habitación, otras en otra de la casa, abanicándose, durmiendo la siesta, con un profundo desdén hacia los pormenores materiales de la vida. Ha servido tantas veces de modelo á su marido para hacer Hebes y Dianas, que se le figura que está atravesando por la vida con una media luna en la frente, una copa en la mano y cargada de emblemas de toda clase de trabajos. Así es que hay que ver el desorden de aquella casa. Hay que pasar una hora buscando cualquier objeto que hace falta.

—¿Has visto mi dedal?... Marta, Eva, Genoveva, Magdalena, ¿quién ha visto mi dedal?

Los cajones, en los cuales yacen revueltos libros, polvos, colores, paletas, cucharas, abanicos, están llenos hasta el borde, pero no contienen nada útil. Además, les gusta los muebles raros, curiosos, incompletos, estropeados. ¡Y la casa

misma es tan singular! Como se mudan con frecuencia, no tienen tiempo de instalarse, y aquella alegre casa parece estar siempre esperando ese arreglo completo, indispensable, que sigue á una noche de baile. Sólo que faltan tantas cosas, que no vale la pena de arreglar, y con tal de que tengan que ponerse, que paseen por las calles, con la rapidez de un meteoro, un simulacro de elegancia y apariencias de lujo, el honor se halla á salvo.

El campamento no tiene nada que moleste á esa tribu de nómadas. Por las puertas abiertas la miseria se deja ver de pronto en las cuatro paredes desnudas de una habitación desamueblada, en el revoltillo de un cuarto lleno de trebejos. Es la vida de la bohemia en familia, una vida de imprevistos, de sorpresas.

En el momento de ponerse á la mesa, echan de ver que falta todo, y hay que ir de prisa y corriendo á buscar el almuerzo fuera. De ese modo las horas pasan rápidamente, agitadas, en la holganza; y luego eso tiene una ventaja. Cuando se almuerza tarde, no se come; basta con

casi tanto como su madre en sus buenos tiempos; además tienen una gracia especial para llevar los trapos, las joyas de moda, y un trato tan natural y tan encantador, unas carcajadas de chiquillo tan alegres, una manera tan picaresca de abanicarse... A pesar de todo esto, no se casan. Jamás ningún admirador suyo ha podido sufrir el espectáculo de aquella casa singular, por dentro. El desorden de los gastos inútiles; la falta de platos; la profusión de muebles viejos y agujereados; arañas antiguas dislocadas y con el decorado ennegrecido; la corriente de aire por las puertas todas; los campanillazos de los acreedores; el desarreglo de aquellas señoritas en chancas y peñadores sucios, hacehuir á los mejor interesados. ¿Qué queréis? No todo el mundo se resigna á colgar cerca de sí y para toda la vida, una hamaca para que se meza una mujer que no hace nada.

Me temo mucho que las señoritas de Simaise no se casarán nunca. Tuvieron, sin embargo, una ocasión magnífica y única para hacerlo durante la *Commu-*

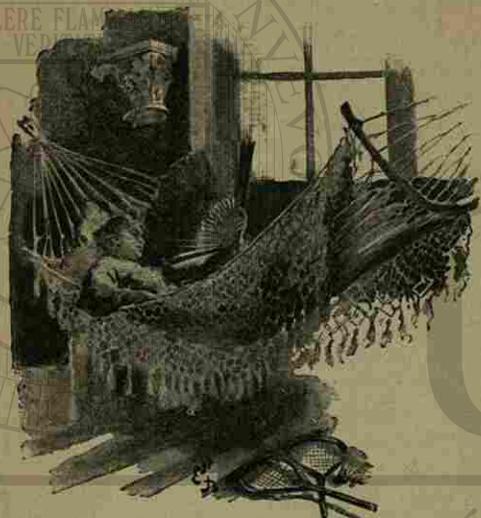
ne. La familia se había refugiado en Normandía, en una ciudad pequeña, muy llena de abogados, de notarios, de agentes de negocios. El padre, en cuanto llegó, buscó trabajo. Su fama de escultor le



servió mucho; y como había en la plaza principal del pueblo una estatua en Cujas hecha por él, todas las notabilidades del lugar quisieron que les hiciese su busto.

Inmediatamente la madre colgó la hamaca en un rincón del estudio, y aque-

llas señoritas organizaron fiestecillas. Tuvieron grande éxito. Allí al menos la pobreza parecía un accidente del destierro, y lo destartalado de la instalación



tenía su razón de ser. Aquellas hermosas elegantes eran las primeras en reirse de su miseria. Se habían puesto en camino sin llevarse nada. Como París estaba sitiado, no podían mandarles nada.

Para ellas aquello tenía sus encantos. Aquella vida hacía pensar en las bandas de gitanos en viaje, que se peinan en una troj y beben en los arroyos.

Los menos poéticos las comparaban en su imaginación á las desterradas de Coblenza, á las damas de la corte de María Antonieta, huídas precipitadamente, sin polvos, ni pelucas, ni doncellas; obligadas á echar mano de todos los recursos; aprendiendo á servirse á sí mismas, y conservando la frivolidad de la corte de Francia con la picaresca sonrisa, aunque sin los lunarillos á la moda.



Todas las noches una multitud de gente invadía el estudio de Simaise. Al compás de un piano de alquiler, aquella gente bailaba valeses, polkas y cotillones— en Normandía también se baila cotillón.—

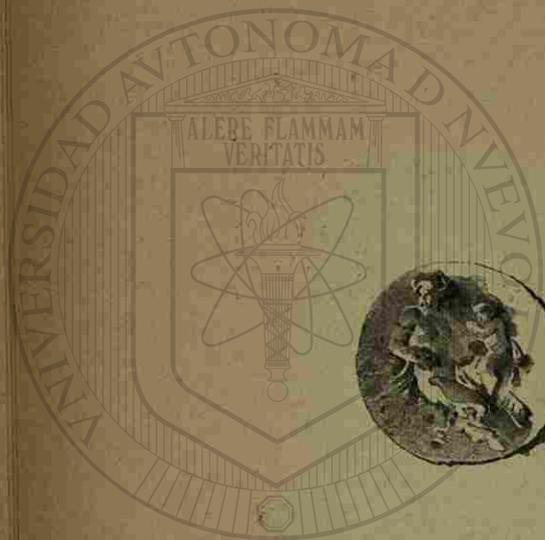
«Acabaré por casar á alguna,» se decía el bueno de Simaise. Y el hecho es que, de casarse alguna, las demás la hubieran seguido. Desgraciadamente no se casó la primera, aunque le faltó bien poco.

Entre las numerosas parejas de baile de aquellas señoritas, en aquel cuerpo de baile de abogados, fiscales, notarios, el más entusiasta era un letrado viudo, muy asiduo siempre con la muchacha mayor. En la casa le llamaban «el primer abogado danzarín,» en recuerdo de los bailes de Molière; y en verdad que al ver el entusiasmo con que el mozo daba vueltas, el bueno de Simaise fundaba en él las más halagüeñas esperanzas. Pero los hombres de negocios no bailan como todo el mundo. Aquél, mientras valsaba, hacía sus reflexiones correspondientes: «Esta familia de Simaise es muy simpática... Tra, la la... La, la, la...; pero parece que me dan mucha prisa... La, la, lará...; no me comprometeré á nada antes de que se levante el sitio de París... Tralá, la, la... y pueda yo tomar informes... la, la, la...» Así pensaba el primer abogado danzarín; y, en efecto, en cuan-

to París estuvo libre, tomó informes respecto de la familia, y la boda se deshizo.

Luego se les han deshecho otras varias, á las pobres. Pero esto no ha alterado en lo más mínimo la alegría de aquella familia singular. Al contrario, cuanto más tiempo pasa, más alegres son. El invierno pasado se mudaron tres veces; les han vendido una los muebles, y, sin embargo, han dado dos grandes bailes de trajes.





FRAGMENTO

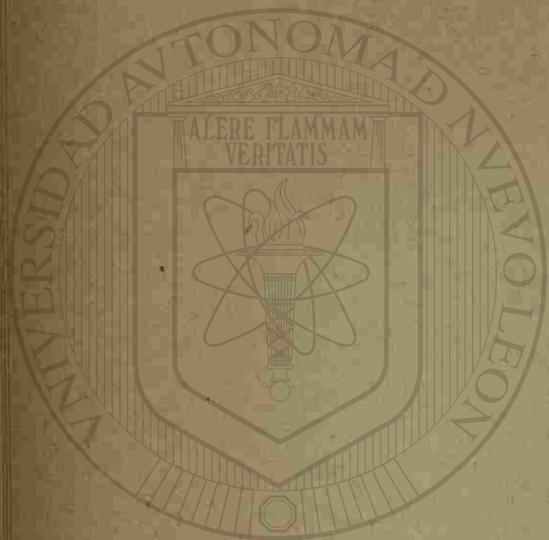
DE UNA CARTA DE MUJER

ENCONTRADO EN LA CALLE

DE NUESTRA SEÑORA DE LOS CAMPOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FRAGMENTO DE UNA CARTA DE MUJER

ENCONTRADO

EN LA CALLE DE NUESTRA SEÑORA DE LOS CAMPOS

«... me ha costado por haberme casado con un artista. ¡Ah, querida mía! ¡Si lo hubiese sabido!... pero las muchachas tienen acerca de todas las cosas de la vida ideas muy singulares. Figúrate tú que en la Exposición, cuando veía en el Catálogo esas señas de casas retiradas

en calles tranquilas, al extremo de París, me imaginaba yo vidas apacibles, sedentarias, dedicadas por completo al trabajo y á la familia, y decía para mis adentros, suponiendo por anticipado lo celosa que había de ser: «Así quiero yo un marido. Estará conmigo siempre. Pasaremos todo el día juntos, él con su cuadro ó con su escultura, yo leyendo, charlando á su lado.»

¡Pobre inocente! No sospechaba yo entonces lo que era un estudio, ni la extraña gente que lo frecuenta. Jamás, al contemplar esas estatuas de diosas desvergonzadamente escotadas, se me había ocurrido que hubiera mujeres bastante atrevidas para... Y que yo misma... Si no, yo te ruego que creas que no me hubiese casado con un escultor. ¡Ah! no por cierto... Debo advertir que en mi casa todo el mundo se oponía á la boda, á pesar de la fortuna de mi esposo, de que ya era célebre su nombre y del hotel que estaba edificando para nosotros dos. Yo sola lo quise. Era tan elegante, tan guapo, tan cariñoso, tan galante... Parecíame, sin embargo, que se metía

demasiado en los trajes, en los sombreros que había de lucir. «Levántate el pelo así...» Y el caballero se entretenía en colocarme una flor en el centro de los rizos, con más arte que la mejor peinadora del mundo.

Tanta experiencia en un hombre, era sospechosa, ¿no es verdad? Debí desconfiar. Pero, en fin, tú lo verás. Escucha:

Volvíamos de nuestro viaje de novios. Mientras yo me ocupaba en instalarme en esa casa tan bonita, tan bien amueblada, en ese paraíso que tú ya conoces, mi esposo se puso á trabajar inmediatamente después de nuestra llegada, y pasaba los días en su estudio, que estaba fuera de nuestro hotel. Por la noche, cuando volvía, me hablaba con alegría de la próxima Exposición



El asunto era *Una dama romana saliendo del baño*. Quería dar á su estatua ese pequeño estremecimiento de la piel al contacto del aire, la humedad de finísimos tejidos pegados á la carne, y otra porción de cosas bonitas que yo ya no recuerdo.



Aquí para *inter nos*, cuando me habla de su escultura, no siempre lo comprendo bien. Así y todo, yo le contestaba: «Estará muy bonita...» Y yo me veía ya sobre la finísima arena de las galerías admirando la obra de mi cónyuge, un

bonito mármol blanco destacándose sobre fondo verde, y á la gente diciendo: «Esa es la esposa del autor.»

Por fin un día, curiosa por saber cómo iba nuestra *Dama romana*, tuve la idea de ir á sorprenderlo en su estudio, que aún no conocía yo.

Era una de las primeras veces que yo salía sola, y me había puesto muy guapa, ¡caramba!... Al llegar encontré la puerta del jardinillo, en el entresuelo, abierta de par en par. Entré derechamente, y juzga de mi indignación cuando vi á mi marido con una blusa blanca cual la de un albañil, despeinado, con las manos llenas de tierra, y enfrente, hija mía, una mujer, una muchacha muy alta, de pie sobre un trípode, casi desnuda y muy tranquila á pesar del traje, como si lo encontrara perfectamente natural. Un vestidillo pobre, lleno de barro, unas botinas viejas, un sombrerillo con una pluma desrizada, estaban tirados al lado suyo en una silla. Vi todo eso en un ins-



tante, porque ya comprenderás que eché á correr y escapé. Esteban quiso hablarme, detenerme; pero me estremecí de horror al ver sus embadurnadas manos,



y corrí á casa de mamá, donde llegué casi muerta. Te parecerá estar viendo aquella entrada.

«¡Dios santo, hija mía! ¿qué tienes?»

Cuento á mamá lo que acabo de ver, cómo estaba aquella mujer, y cuál era su

traje. Y lloraba, lloraba á lágrima viva... Mi mamá, muy afligida, procura tranquilizarme, consolarme, explicarme que debía de ser una modelo.

«¡Cómo!... eso es abominable... No me había hablado de eso antes de casarme.»

A poco llega Esteban muy azorado y



procura á su vez hacerme comprender que una modelo no es una mujer como otra cualquiera, y que además los escultores no pueden prescindir de ellas; pero esas razones no me persuaden, y declaro prudentemente que no quiero nada con un marido que se pasa el día á solas con mujeres desnudas.

—Vamos, hijo mío, dijo entonces la po-

bre mamá, que se esfuerza por arreglarlo todo; ¿no podrías, en obsequio á tu esposa, reemplazar la modelo con una figura de cartón?»

Mi esposo se mordió el bigote con rabia: «Eso no es posible, querida mamá.»

—Me parece, á pesar de esto, hijo mío...

Mira, las modistas tienen cabezas de cartón que les sirven para exhibir los sombreros... Pues bien; lo que se hace con la cabeza, ¿no se podría hacer con el...?»

Parece que la cosa no es posible. Por lo menos eso fué lo que Esteban trató de demostrarnos, con toda clase de pormenores y de palabras técnicas. Verdaderamente parecía desesperado. Yo lo miraba con el rabillo del ojo, mientras me enjugaba las lágrimas, y veía claramente que mi disgusto lo apenaba de veras. Por fin, después de una interminable discusión, se convino en que, puesto que el modelo era indispensable, estaría yo allí siempre que ella fuera. Precisamente había al lado del estudio un cuartito muy cómodo, desde el cual podría yo ver sin que me viesen.—Es vergonzoso, dirás tú, tener celos de mujeres de semejante

calaña, y demostrarlo. Pero créeme, chiquita, es menester haber pasado por esas emociones para poder hablar de ellas.

Al día siguiente debía de ir la modelo. Hice de tripas corazón y me instalé en mi escondite, con la condición expresa de que, al más ligero golpe que yo diese en el tabique, mi marido vendría en seguida á ver lo que quería. Apenas me había yo escondido, cuando llegó la pícara modelo del otro día, vestida sabe Dios cómo, y con un aspecto tan miserable, que yo me preguntaba cómo había podido tener celos de una mujer que sale á la calle sin puños blancos y con un mantoncillo viejo á rayas verdes. Pues bien, hija, cuando vi á aquella muchacha tirar el mantón y el vestido en medio del estudio, desnudarse con aquella naturalidad, con aquel impudor, me hizo un efecto que no puedo explicarte. La cólera me ahogaba... Pronto; llamo al tabique... Se presenta Esteban. Yo temblaba, estaba pálida. Se burla de mí, me tranquiliza cariñosamente, y se vuelve á su trabajo... Ahora, la mujer estaba de

pie, medio desnuda, con su abundante cabello suelto y cayendo sobre la espalda. No era la mujer de un momento antes, sino casi una estatua ya, á pesar de su aspecto vulgar y fatigado. Tenía yo el corazón metido en un puño. Pero no dije nada. De pronto oigo á mi marido que decía: «La pierna izquierda... Adelante la pierna izquierda.» Y como el modelo no comprendía bien, se acercó á ella y... ¡Ah! Aquello era demasiado; no pude contenerme. Llamo. No me oye. Vuelvo á llamar, llamo furiosamente. Aquella vez acudió, con las cejas un poco fruncidas, con la fiebre del trabajo.

«Vamos, Armanda... ¡Sé razonable!...» Y yo, llorando, apoyé la cabeza en su hombro: «No puedo, hijo mío, no puedo dominarme... No puedo... no puedo...» Entonces, bruscamente, sin contestarme, pasó al estudio é hizo una seña á aquella horrible mujer, la cual se vistió y se marchó.

Durante algunos días, Esteban no fué á su estudio. Se estaba conmigo, no salía de casa, se negaba hasta á ver á sus amigos, siempre muy cariñoso, pero muy

triste. Una vez le pregunté muy tímidamente: «¿No trabajas ya?» lo cual me valió esta respuesta: «No se puede trabajar sin modelo.» No tuve valor para insistir,

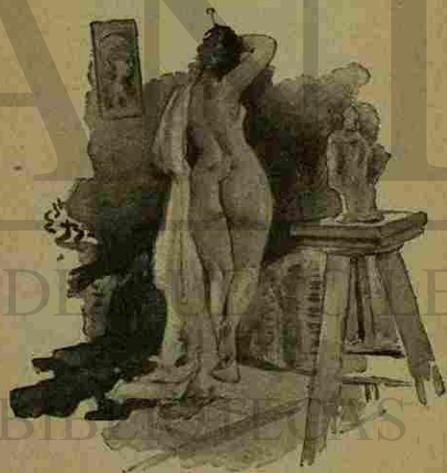


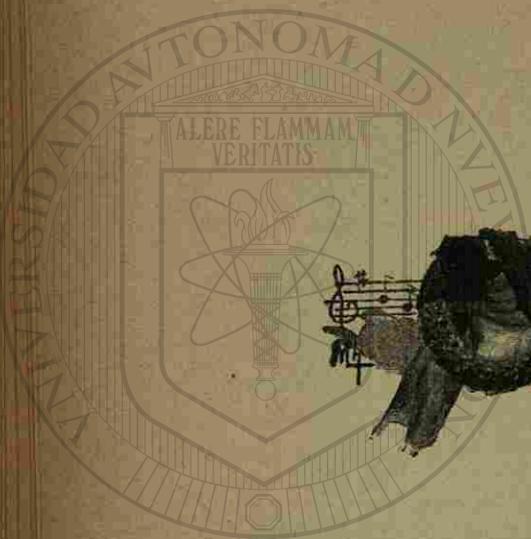
porque comprendí lo culpable que era y la razón que tenía para estar enfadado conmigo. Sin embargo, á fuerza de caricias, de mimos, conseguí que volviese al estudio y que procurase concluir su estatua de... ¿cómo dicen ellos? de me-

moria; en una palabra, el procedimiento propuesto por mamá. Yo encontraba eso lo más hacadero del mundo, pero él... Todas las noches volvía á casa nervioso, casi enfermo. Para animarlo iba yo á verlo con frecuencia. Yo decía: «Es muy bonito.» Pero el hecho es que la estatua no adelantaba. Cuando iba lo encontraba siempre fumando en el diván, ó bien haciendo bolitas de barro, que tiraba contra la pared.

Una tarde que estaba yo allí, mirando á aquella dama que tardaba tanto en salir del baño, una idea acudió á mi mente. La romana era de mi estatura, tal vez en rigor podría yo... «¿Qué es lo que se llama una bonita pierna?» le pregunté de pronto. Me explicó la cosa muy al pormenor, enseñándome la que aún faltaba á la estatua, y que no podía hacerla sin modelo... ¡Pobre muchacho! ¡Tenía un aire tan triste al decir eso!... ¿Sabes lo que hice?... ¡Qué diablura! Corrí la cortina, que estaba recogida en un rincón, y me fui á mi escondite; luego, poco á poco, sin decir palabra, mientras él estaba contemplando su estatua,

fui á ponerme en el tablado enfrente de él, con el traje y con la postura en que había yo visto á aquella horrible modelo... ¡Ah, hija mía! ¡Qué emoción cuando él levantó la cabeza! Yo sentía ganas de reír y de llorar. Estaba colorada... Y aquella pícara gasa que era necesario ajustar por todas partes... ¡No le hace!... Esteban tenía el aire tan satisfecho, que pronto me tranquilicé. ¡Figúrate, hija mía, que, á hacerle caso!...





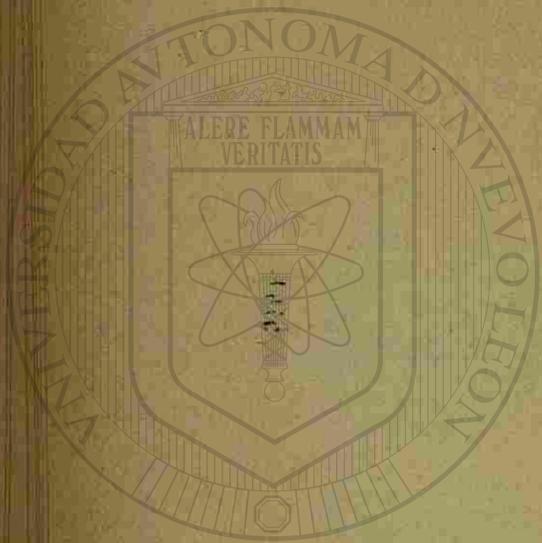
LA VIUDA DE UN GRANDE HOMBRE

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



LA VIUDA DE UN GRANDE HOMBRE

Cuando se supo que se casaba en segundas nupcias, á nadie le extrañó. A pesar de todo su genio, tal vez á causa de su genio, el grande hombre le había dado quince años de una vida muy dura, llena de caprichos, de fantasías estrepitosas, de las cuales se había ocupado al-

gunas veces todo París. Por el camino de gloria, que él recorría triunfalmente y á toda velocidad, como aquellos que han de morir jóvenes, ella lo había seguido, humilde y temerosa, sentada en un rincón del carro triunfal, esperando á cada momento algún choque. Cuando se quejaba, así los parientes como los amigos, como todo el mundo, se ponían en contra de ella: «Respetas tus debilidades, le decían, que esas son las debilidades de un Dios. No lo perturbes, no lo distraigas. Piensa que tu marido no es tuyo solamente. Pertenece, aún más que á la familia, á su país y al arte... ¡Quién sabe si cada una de esas faltas que tú le echas en cara, no nos ha valido una de sus obras sublimes!...» Al fin, sin embargo, cansada de tanta paciencia, sintió deseos de revuelta, indignaciones, injusticias, y de tal suerte, que cuando el grande hombre murió, ya se disponían á litigar su separación ante los Tribunales y á arrastrar su célebre apellido por las columnas de la tercera plana de los periódicos aficionados al escándalo.

Después de las agitaciones de aquella

desdichada unión, los cuidados y temores de la última enfermedad, el golpe terrible de la muerte, el cual despertó, por un momento, el cariño primitivo, los primeros meses de viudez, produjeron á

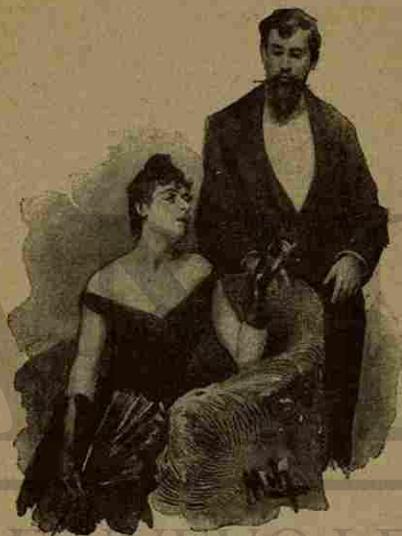


la joven el efecto saludable y restaurador de una temporada de baños. El retraimiento forzoso, el tranquilo deleite del dolor apaciguado, le dieron á los treinta y cinco años una segunda juventud, casi más seductora que la primera. Además, el traje negro le sentaba bien, y luego tenía el continente reposado,

un tanto orgulloso, propio de la mujer que se queda sola en este mundo con la obligación de llevar todo el honor de un grande nombre. Muy cuidadosa de la gloria del difunto, esa gloria maldecida que le había costado tantas lágrimas, y que ahora se agrandaba de día en día como espléndida flor alimentada por la removida tierra del sepulcro, veíasela envuelta en sus negras tocas, presentándose en casa de los editores, de los directores de teatro, ocupándose de que pusieran en escena las óperas de su marido, cuidando la impresión de las obras póstumas, de los manuscritos sin terminar, poniendo en todos esos pormenores una especie de solemnidad afanosa y algo así como respeto á un santuario.

Por entonces la conoció su segundo marido. Era músico también, casi desconocido, autor de vales, de melodías y de dos operetas; dos partituras, las cuales, deliciosamente impresas, ni se habían cantado en el teatro, ni se habían vendido. Con una figura simpática y una bonita fortuna heredada de su familia, tenía, sobre todo, el respeto supremo al

genio, la curiosidad de los hombres célebres y la entusiasta candidez de los artistas aún jóvenes. Así es que cuando



le enseñaron la mujer del maestro, se deslumbró. Era como la imagen misma de la musa gloriosa que se le presentaba. En seguida se enamoró y, como la viuda empezaba ya á recibir gente, se hizo

presentar en su casa. Allí creció su pasión en la atmósfera del genio que flotaba todavía en todos los rincones del salón. Allí, el busto del maestro, el piano donde componía, sus partituras encima de todos los muebles, melodiosas hasta al mirarlas, como si de sus entreabiertas hojas resonaran musicalmente las frases... La hermosura real de la viuda, rodeada de ese recuerdo austero como de un marco que le sentaba bien, acabó de volverle loco de amor.

Después de haber titubeado largo tiempo, el pobre muchacho acabó por declararse; pero en términos tan humildes, tan tímidos... «Ya sabía que era muy poca cosa para ella. Comprendía todo el pesar que le causaría trocar su nombre ilustre por el suyo, desconocido é insignificante...» Y otras mil candideces por el estilo. Ya supondréis que, en el fondo del corazón, la dama estaba muy satisfecha de su conquista; pero hizo su correspondiente comedia, fingió tener el corazón destrozado, adoptó los aires desdeñosos, displicentes de la mujer para quien todo ha concluído en este mundo.

Ella, que jamás había estado tan tranquila como después de la muerte de su grande hombre, encontró aún lágrimas para llorarlo, y un entusiasmo loco para hablar de él. Naturalmente, todo eso no hizo más que exaltar á su joven adorador y hacerlo más elocuente, más persuasivo.

Para terminar, aquella severa viudez acabó con una boda; pero la viuda no abdicó, y siguió siendo, después de casada, más viuda de grande hombre que nunca, porque comprendía que á los ojos de su segundo marido aquel era su verdadero prestigio. Como se sentía menos joven que él, porque no lo advirtiese, lo anonadó con su desdén, con una especie de vaga compasión, de cierto pesar por una unión desigual, inexplicada y ofensiva. Pero él no se ofendió; antes al contrario. ¡Estaba tan convencido de su inferioridad, y hallaba tan natural que el recuerdo de un hombre como aquel se apoderara despóticamente de cualquiera! Ella, para mantenerlo en aquella actitud humilde, leía algunas veces las cartas que el maestro le escribía cuando

estaba haciéndole la corte. Aquella vuelta al tiempo pasado la rejuvenecía y le daba el aplomo de la mujer hermosa, amada, contemplada á través de todos los ditirambos amorosos, de toda la exageración deliciosa del amor por escrito. Si después había variado, á su joven esposo no le importaba; la adoraba por la fe de otro, y sentía con ello no sé qué extraña vanidad. Parecíale que aquellas súplicas apasionadas se unían á las suyas, y que él era el heredero de todo un pasado de amor.

¡Extraña pareja! En sociedad era cosa curiosa observarlos. Yo los veía algunas veces en el teatro. Nadie hubiera reconocido á la mujer temerosa y tímida que acompañaba en otro tiempo al maestro, perdida en la sombra gigantesca que proyectaba en derredor suyo.

Ahora, erguida en el sitio de preferencia del palco, se exhibía, atraía todas las miradas con el orgullo de las suyas. Cualquiera hubiera dicho que tenía sobre la frente la aureola de su primer marido, cuyo nombre resonaba en torno suyo como un homenaje ó como un re-

proche. El otro, sentado en segundo término, con la especial fisonomía de los sacrificados de la vida, observaba todos sus movimientos, atento á servirla.

En su casa aquella actitud extraña era todavía más notable. Recuerdo una reunión que dieron al año de casarse. El marido circulaba por entre la turba de invitados, orgulloso y un poco turbado de ver reunida tanta gente en su casa. La mujer, desdeñosa, melancólica, superior, era aquella noche más que nunca la viuda del grande hombre. Tenía cierto modo de mirar á su marido por encima del hombro, de llamarle *hijo mío*, anonadándolo con sus cortesías, como diciéndole: «No sirves más que para esto.» En derredor de ella estaban los íntimos de otros tiempos, los que habían asistido á los ruidosos comienzos de la carrera del maestro, á sus luchas, á sus triunfos. Con ellos la viuda se hacía la mimosa, la chiquilla. ¡La habían conocido tan joven! Casi todos la llamaban *Anita*. Era como un tabernáculo, al cual el pobre marido se acercaba respetuosamente para oír hablar de su predecesor. Allí recor-

daban los gloriosos *estrenos*, aquellas noches de grandes batallas, casi todas ganadas, luego las manías del grande hombre, su manera de trabajar cuando, para inspirarse, quería que su mujer se pusiera á su lado muy vestida y muy escotada... «¿Se acuerda usted, Anita?» Y Anita suspiraba, se ruborizaba...

De entonces databan sus bellísimas obras amorosas, *Savonarola*, sobre todo, la más apasionada de todas, con su magistral dúo lleno de rayos de luna, de perfumes de rosa y de trinos de ruiseñor. Un entusiasta lo tocó al piano en medio de un gran recogimiento. Cuando sonó la última nota de aquella magnífica pieza, Anita rompió á llorar... «No puedo remediarlo, decía. No he podido oirla nunca sin llorar.» Los amigos del maestro rodeaban á su triste viuda prodigándole la expresión de su simpatía y sus consuelos, é iban uno detrás de otro, como sucede en los duelos, acercándose para estrecharle la mano.

«Vamos, vamos, Anita, valor.»

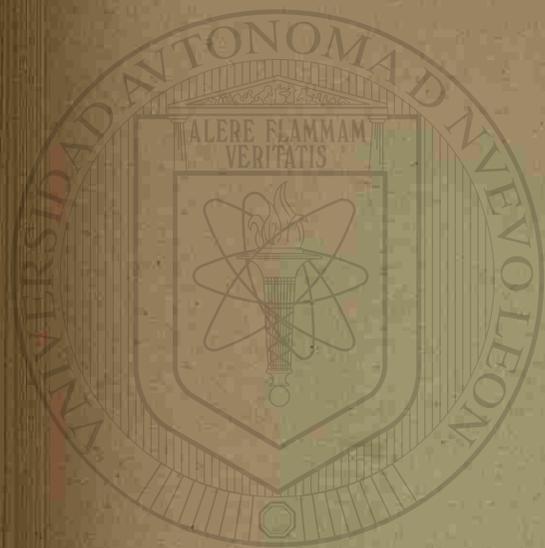
Y lo más extraño es que el segundo marido, de pie al lado de su mujer, con

aire conmovido, distribuía apretones de mano, él también, y tomaba parte en aquel duelo.

«¡Qué genio! ¡qué genio!» decía enjugándose los ojos.

Aquello era á un tiempo mismo cómico y enternecedor.



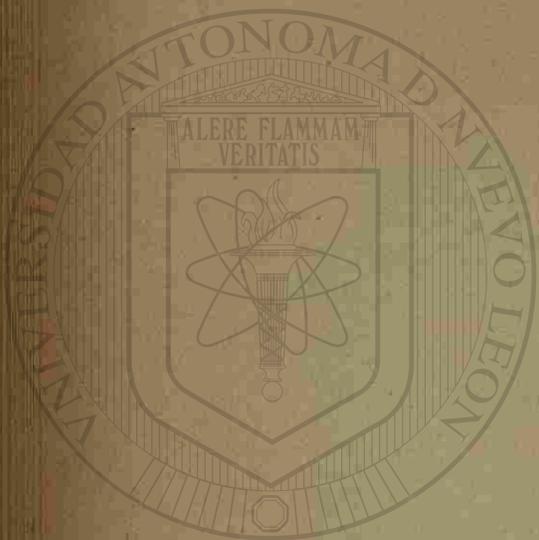


LA EMBUSTERA
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



LA EMBUSTERA

— No he amado más que á una mujer en mi vida, nos decía un día el pintor D... He pasado con ella cinco años de perfecta felicidad. Puedo decir que le debo mi celebridad de hoy, porque á su lado el trabajo me era fácil y la inspiración acudía naturalmente.

— Cuando la conocí me pareció que era mía desde tiempo inmemorial. Su belleza, su carácter, respondían á todas mis

ilusiones. Aquella mujer no me ha dejado nunca; murió en mi casa, entre mis brazos, amándome... Pues bien, cuando pienso en ella, me encolerizo.

Si procuro representármela tal como la vi durante cinco años, en el apogeo del amor, con su elevada y esbelta estatura, su dorada palidez, sus facciones de judía de Oriente, regulares y finísimas, su hablar lento, acariciador, como su mirada; si procuro dar cuerpo á esa deliciosa visión, es para decirle aún con más fuerza: «Te aborrezco.»

Se llamaba Clotilde. En la casa de los amigos donde nos vimos por primera vez, la conocían por la señora de Deloche, y decían que era viuda de un capitán de barco. En efecto, parecía que había viajado mucho. En la conversación le acontecía con frecuencia decir: «Cuando yo estaba en Tampico...;» ó bien: «una vez en la rada de Valparaíso...» Aparte esto, nada había en sus ademanes, en su lenguaje, que delatase la vida nómada, ni el desorden, la precipitación de las inesperadas salidas y de las bruscas llegadas. Era parisiense; se vestía con gus-

to exquisito, sin ninguno de esos detalles cursis que delatan á la esposa del marino acostumbrada á llevar con perfección el traje de viaje.

Cuando me dí cuenta de que la amaba, mi primera, mi única idea, fué pedirla en matrimonio. Alguien le habló de mí. Ella contestó sencillamente que no volvería á casarse en su vida. Desde entonces huí de verla, y como mi pensamiento estaba demasiado impresionado y no había manera de que trabajase, decidí viajar.

Haciendo estaba yo mis preparativos de viaje, cuando una mañana, en mi propia habitación, entre el desorden de los muebles abiertos y de las maletas á medio hacer, vi entrar, con gran estupor mío, á la señora de Deloche.

«¿Por qué se va usted? me dijo dulcemente... ¿Porque me ama? Yo también



le amo á usted... Solamente que soy casada.» Y me contó su historia.

Toda una novela de amor y de abandono. Su marido bebía y le pegaba. Se habían separado á los tres años de casados. Su familia, de la cual parecía estar muy orgullosa, ocupaba una elevada posición en París; pero desde que se casó no querían recibirla. Era sobrina del gran rabino. Su hermana, viuda de un militar de alta graduación, se había casado en segundas nupcias con el guarda general del bosque de Saint-Germain. Ella, arruinada por su marido, había, por fortuna, conservado de su primera educación una porción de habilidades, gracias á las cuales se ganaba la vida. Daba lecciones de piano en algunas buenas casas de la Calzada de Antin, del barrio Saint-Honoré, y ganaba de sobra para vivir...

La historia era conmovedora, pero un tanto larga; llena de deliciosas repeticiones y de esos incidentes interminables que embrollan los relatos femeniles. Así es que tardó algunos días en contármela. Yo había alquilado en la avenida de

la Emperatriz, entre calles silenciosas y jardinillos tranquilos, una casita para nosotros dos. Allí me hubiera pasado



un año oyéndola, mirándola, contemplándola, sin pensar en trabajar. Ella fué quien me hizo ir al estudio, y yo no pude prohibirlé que siguiese dando sus leccio-

nes. Aquella dignidad de su vida, de la cual era muy cuidadosa, me conmovía mucho. Admiraba yo aquel alma altiva y me sentía un poco humillado ante aquella firme voluntad de deberlo todo á su trabajo. Todo el día estábamos separados, y sólo por la noche nos reuníamos en nuestra casita.

¡Con qué satisfacción entraba yo allí, qué impacientemente cuando ella tardaba en volver, y qué alegre cuando la encontraba ya allí! De sus excursiones por París me llevaba ramos de flores y recuerdos. Algunas veces la obligaba á aceptar un regalo; pero ella, riendo, decía que era más rica que yo; y el hecho es que sus lecciones debían producir mucho, porque vestía siempre con gran elegancia y el traje negro que usaba por una coquetería de color y de belleza, tenía matices de terciopelo, de gro y de raso, y una riqueza de encajes de seda en la cual la vista descubría, bajo una sencillez aparente, un mundo de elegancias femeninas en los mil reflejos de un solo color.

Su profesión, decía ella, no tenía nada

de penosa. Todas sus discípulas, hijas de banqueros, de agentes de Bolsa, la adoraban, la respetaban; y más de una vez me enseñó una pulsera, una sortija,



que le daban en agradecimiento al interés que se tomaba por las discípulas. Fuera de las horas de trabajo no nos separábamos nunca, no íbamos á ninguna parte. Solamente los domingos iba ella á

Saint-Germain para ver á su hermana, la mujer del guarda general, con quien había hecho las paces. Yo la acompañaba hasta la estación. Volvía aquella misma noche, y con frecuencia, en los días largos, nos citábamos en una estación del camino, á la orilla del agua ó en el lindero del bosque. Me relataba su visita, el buen aspecto de los niños, la felicidad del matrimonio. Todo aquello me acongojaba por ella, privada para siempre de una verdadera familia, y yo redoblaba mis atenciones y caricias á fin de hacerle olvidar aquella falsa posición que debía de apenar mucho á un alma tan bien templada.

¡Qué tiempos aquellos tan felices! Yo no dudaba de nada. Todo cuanto decía parecía tan verdadero, tan natural... Sólo le censuraba una cosa. Alguna vez, al hablarme de las casas que frecuentaba, de las familias de sus discípulos, acudían á su boca en abundancia una porción de pormenores supuestos, de intrigas imaginarias que inventaba ella á despecho de todo. A pesar de su tranquilidad, veía siempre la novela en derredor

suyo, y su vida se pasaba en combinaciones dramáticas. Aquellas quimeras turbaban mi felicidad. Yo, que hubiera



querido alejarme del resto del mundo para vivir encerrado con ella, la encontraba demasiado ocupada en cosas indiferentes. Pero bien podía perdonarse este

defecto á una mujer joven y desgraciada, cuya vida habíá sido hasta entonces una verdadera novela triste, sin desenlace probable.

Una sola vez tuve una sospecha, ó, mejor dicho, un presentimiento. Un domingo por la noche no vino á dormir. Yo estaba desesperado. ¿Qué hacer? ¿Ir á Saint-Germain? Podía comprometerla. Sin embargo, después de una noche horrible estaba ya decidido á marchar en su busca, cuando se presentó muy pálida y muy turbada. Su hermana estaba enferma, y había creído que debía quedarse para velarla. Creí lo que me decía, sin desconfiar de aquel flujo de palabras que se desbordaban á cualquier pregunta mía, ahogando siempre la idea principal en una porción de pormenores inútiles: la hora de llegada, las descortesías de un empleado de la estación, el retraso del tren. Dos ó tres noches, en aquella misma semana, se quedó á dormir en Saint-Germain; luego, una vez terminada la enfermedad, volvió á su vida regular y tranquila.

Desgraciadamente, algún tiempo des-

pués le tocó á ella caer enferma. Un día volvía de sus lecciones temblorosa, mojada, febril. Declaróse una fluxión al pecho, grave desde el primer momento y pronto incurable, según me dijo el médico. Yo experimenté un dolor inmenso, enloquecedor. Después no pensé más que en endulzar sus últimos momentos. Aquella familia, á quien tanto quería, de quien tan orgullosa se mostraba, la llevaría yo allí, á la cabecera de la enferma. Sin decirle nada, escribí primero á su hermana, la que estaba en Saint-Germain, y en persona fuí á casa de su tío el gran rabino. No sé á qué hora inoportunamente me presentó. Las grandes catástrofes trastornan la vida por completo y la agitan hasta en sus más insignificantes por-



menores... Creo que el bueno del rabino estaba comiendo. Salió azorado y me recibió en la antesala.

—Caballero, le dije; hay momentos en los cuales deben cesar todos los odios...

Su respetable rostro se volvió hacia mí con expresión de asombro.

—La sobrina de usted se está muriendo.

—¡Mi sobrinal... No tengo ninguna sobrina; usted está equivocado.

—¡Oh! caballero; os ruego que olvidéis esos ridículos odios de familia... Hablo de la señora de Deloche, la mujer del capitán...

—No conozco á esa señora... Usted está confundido, hijo mío, se lo aseguro.

Y suavemente me llevaba hasta la puerta, tomándome, sin duda, por un mixtificador ó por un loco. Verdaderamente yo debía tener un aspecto muy extraño. ¡Lo que acababa de saber era tan inesperado, tan terrible!... ¡Me había engañado ella!... ¿Por qué?... De pronto se me ocurrió una idea. Hice que el coche me llevara á casa de una de sus discípulas, de la cual hablaba con mucha

frecuencia, la hija de un banquero muy conocido.

Pregunté al criado:

—¿La señora de Deloche?

—Aquí no es.

—Si, ya lo sé... Es una señora que da lección de piano á las señoritas.

—En casa no hay señoritas, ni piano siquiera... No sé yo qué quiere usted decir.

Y me dió con la puerta en las narices.

No continué haciendo averiguaciones.

Estaba ya seguro de encontrarme en todas partes con la misma respuesta, con igual desengaño. Al entrar en nuestra casa me dieron una carta, que traía el sello del correo de Saint-Germain. La abrí, sabiendo por anticipado lo que contenía. Tampoco el guarda general conocía á la señora de Deloche. No tenía, además, ni mujer ni hijos.

Aquel fué el último golpe. Durante cinco años cada una de sus palabras había sido una mentira... Mil ideas de celos me acometieron á la vez, y como un loco, sin saber lo que hacía, entré en la alcoba donde estaba muriéndose. Todas las preguntas que me atormentaban

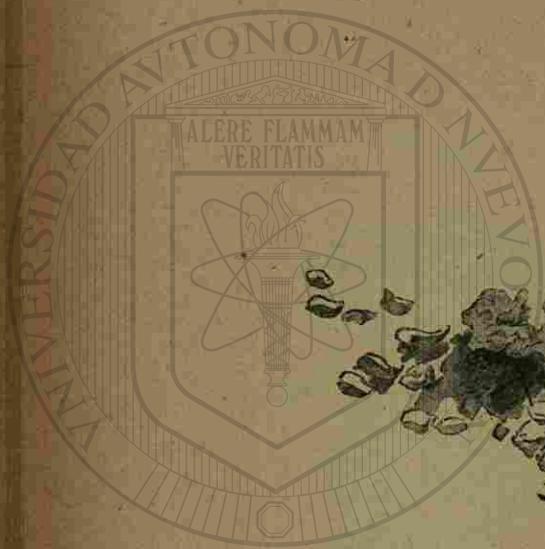
cayeron juntas sobre aquel lecho de dolor: «¿Qué ibas á hacer á Saint-Germain los domingos?... ¿En dónde pasabas los días?... ¿Dónde dormiste aquella noche?... Vamos, responde.» Y me inclinaba hacia ella, buscando en el fondo de sus ojos, bien altivos y hermosos, las respuestas que esperaba con angustia; pero ella permaneció muda, impassible.

Yo continué, temblando de rabia: «No dabas lecciones. He estado en todas partes. Nadie te conoce... Entonces, ¿de dónde salían esas alhajas, esos encajes, ese dinero?» Ella me dirigió una mirada de una horrible tristeza, y nada más... Verdaderamente debía dejarla morir tranquila... Pero la había amado demasiado. Los celos podían más que la compasión, y continué: «Me has estado engañando durante cinco años. Me has mentido todos los días, á todas las horas. Conocías mi vida, y yo nada sabía de la tuya. Nada, ni siquiera tu nombre. Por que ese, ese nombre que usabas no era el tuyo, ¿verdad?... ¡Oh! ¡La embustera, la embustera!... Pensar que se va á morir y que no sé cómo llamarla... Vamos,

¿quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Á qué te has cruzado en mi camino?... ¡Habla! ¡Dime algo!»

¡Esfuerzos inútiles! En lugar de responder, volvía trabajosamente la cara hacia la pared, como si hubiera temido que su última mirada me descubriese su secreto... ¡Y así murió la infeliz! Murió disimulándose, mintiendo hasta el final.

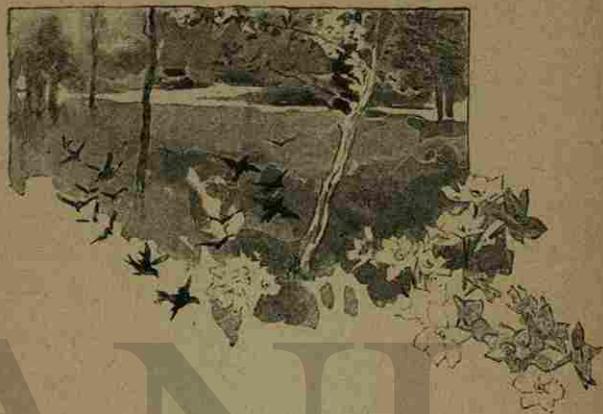
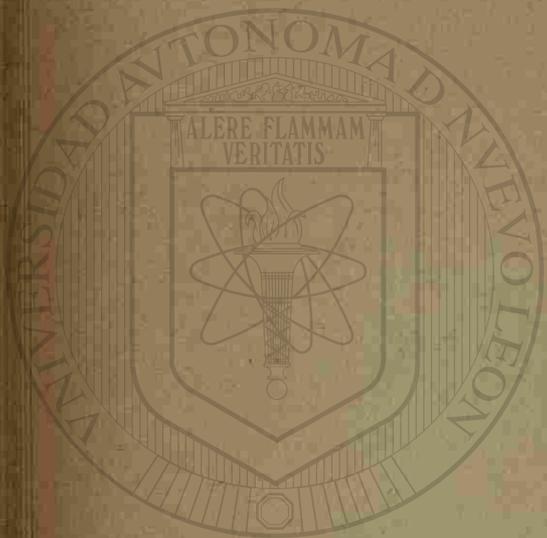




LA CONDESA IRMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA CONDESA IRMA

Carlos d'Athis, publicista, tiene el honor de participar á usted el nacimiento de su hijo Roberto.

El recién nacido sigue bien.

Todo el París literario y artístico recibió, hace cosa de diez años, esa esquila impresa sobre papel satinado y con el escudo de armas de los condes de Athis-Mons, de los cuales, el último, Carlos de

Athis, había sabido, muy joven aún, conquistarse un nombre de poeta.

«...El recién nacido sigue bien.»

¿Y la madre? ¡Oh! De ella no hablaba la esquila. Todo el mundo

la conocía demasiado. Era hija de un antiguo cazador

furtivo de Sena y Oise, una antigua modelo que se llamaba Irma Sallé, y cuyo retrato había rodado por todas las Exposiciones, como el original

había rodado por todos los estudios. Su frente pequeña, su labio levantado á la antigua, aquella cara de campesina—una guardadora de pavos con facciones griegas—aquel color, un poco tomado, de las muchachas que se crían al aire libre, que da á los cabellos rubios reflejos de seda pálida, daban á aquella



chiquilla una especie de originalidad bravía, completada por dos ojos de un color verde magnífico, medio escondidos entre las espesas cejas.

Una noche, después de un baile en la



Ópera, Athis se la llevó á cenar, y desde hacía dos años seguía la cena. Pero aun cuando Irma había entrado por completo en la vida del poeta, aquella esquila de dar parte, insolente y aristocrática, demostraba claramente lo poco que en ella significaba.

Y, en efecto, en aquel hogar provisio-

nal la mujer no era más que un ama de llaves, que regentaba la casa del aristócrata poeta, con el cuidado de su doble naturaleza de campesina y de cortesana, esforzándose á cualquier costa por hacerse indispensable. Demasiado rústica y demasiado tonta para comprender nada del genio de Athis, aquellos versos magníficos, refinados y de buen tono que hacían de él una especie de Tennyson parisiense, había sabido, sin embargo, plegarse á todos sus desdenes, á todas sus exigencias, como si en el fondo de aquella naturaleza vulgar hubiera quedado un poco de la admiración humillada de la plebeya hacia el aristócrata, de la vasalla hacia el soberano. El nacimiento del niño no hizo más que aumentar su nulidad en la casa.

Cuando la condesa de Athis-Mons, la madre del poeta, mujer distinguidísima de la mejor sociedad, supo que tenía un nietecito, un pequeño vizconde, debidamente reconocido por el autor de sus días, tuvo deseos de verle y abrazarle. Cierto que para una antigua dama de la reina María Amelia era muy duro pen-

sar que el heredero de aquel título tenía una madre semejante; pero ateniéndose á la fórmula de las esquelas de dar parte, la anciana se olvidó de que tal mujer existía. Escogió para poder ver al niño una nodriza, á donde iba cuando estaba segura de no encontrar á nadie; lo admiró, lo mimó, lo adoptó de corazón é hizo de él su ídolo, ese último amor de las abuelas que les sirve de pretexto para vivir unos cuantos años más con el fin de ver crecer á sus nietos...

Luego, cuando el Vizconde fué un poco mayor y volvió á vivir con su padre y con su madre, como la Condesa no podía renunciar á verlo, se hizo un convenio: cuando la abuela tiraba de la campanilla, Irma se escondía silenciosamente, humildemente; ó bien llevaban al niño á casa de su abuela; y mimado por aquellas dos madres, quería á la una tanto como á la otra, admirándose de percibir en las caricias cierta voluntad de exclusión, de acaparamiento.

Athis, entregado por completo á sus versos, á su fama creciente, se contentaba con adorar á su Roberto, con ha-

blar de él á todo el mundo, y con imaginar que el niño era sólo suyo. La ilusión no duró mucho.

—Quisiera verte casado... le dijo un día su madre.



—Sí... pero el niño...

—No tengas cuidado. He descubierto para ti una joven noble, pobre, que te adora. He hecho que conozca á Roberto, y ya son amigos antiguos. Además, el primer año tendré yo al niño conmigo, y después ya veremos.

—¿Y esa... esa mujer? se atrevió á decir el poeta ruborizándose un poco, porque era la primera vez que hablaba de Irma delante de su madre.

—¡Bah! respondió la anciana: le dare-



mos una buena dote, y estoy segura que encontrará con quien casarse. Los burgueses de París no son supersticiosos.

Aquella misma noche, Athis, que no había estado nunca muy enamorado de su querida, le habló de aquellos arreglos, y la encontró, como siempre, sumi-

sa y obediente. Pero al otro día, cuando volvió á su casa, la madre y el niño se habían marchado. Acabaron por encontrarlos en casa del padre de Irma, en una horrible cabaña en el bosque de Rambouillet; y cuando el poeta llegó, su hijo, su heredero, vestido de terciopelo y encaje, en las rodillas del viejo cazador, jugaba con su pipa, corría detrás de las gallinas, satisfecho de hacer volar sus rizos rubios al aire libre.

Athis, aunque muy conmovido, quiso fingir que se reía, y trató de llevarse á los fugitivos. Pero Irma lo entendió de otra manera. La echaban de la casa, y ella se llevaba á su hijo. ¿Había algo más natural?... Fué menester nada menos que la promesa del poeta de que no se casaría, para que se decidiera á irse con él, y así y todo impuso condiciones. Habían olvidado demasiado que era ella la madre de Roberto. Ocultarse siempre, desaparecer cuando la Condesa llamaba, aquella vida no era posible. El niño había crecido demasiado ya para que se la expusiera á esas humillaciones delante de él. Se convino en que puesto que la Condesa

no quería encontrarse con la querida de su hijo, no iría á casa de ésta, y le llevarían el pequeño todos los días á la suya.

Entonces empezó para la abuela un verdadero suplicio. Todos los días había pretextos para no mandarle el niño. Roberto tenía tos, hacía frío, llovía. Otras veces era el paseo, la equitación, la gimnasia. Ya no veía casi á su nieto la pobre vieja. Al principio quiso quejarse á Athis; pero sólo las mujeres conocen el secreto de sus pequeñas guerras. Sus ardides se ocultan como los puntos escondidos que sujetan los volantes y los encajes de sus vestidos. El poeta no era capaz de ver nada, y la pobre abuela pasaba la vida esperando la visita de su nieto, esperando en la calle cuando salía con un criado, y con sus besos furtivos, sus miradas presurosas, aumentaba su cariño maternal sin poder nunca verlo satisfecho.

Entretanto Irma Sallé—siempre con ayuda del niño—iba ganando terreno en el corazón del padre. Ahora estaba al frente de la casa, recibía, daba reuniones, se instalaba como mujer que no

piensa en marcharse. Cuidaba, sin embargo, de decir de cuando en cuando delante de su padre: «Te acuerdas de las gallinas del abuelo? ¿Quieres que vayamos á verlas?» Y con esa eterna amenaza



de marcharse preparaba la instalación definitiva del matrimonio.

Necesitó cinco años para hacerse Condesa; pero al fin lo fué... Un día el poeta fué temblando á anunciar á su madre que estaba decidido á casarse con su querida; y la pobre señora, en lugar de

indignarse, acogió aquella calamidad como una dicha, sin ver más que una cosa en la boda, la posibilidad de ir á casa de su hijo y de amar libremente á Roberto. El hecho es que la verdadera luna de miel fué para la abuela. Athis,



después de su calaverada, quiso alejarse un poco tiempo de París. Encontrábase á disgusto; como el chiquillo colgado á las faldas de su madre mandaba en todos, fueron á pasar una temporada al pueblo de Irma, al lado de las gallinas del tío Sallé. Era aquellá la casa más curiosa, más disparatada que se puede

imaginar. La Condesa y el cazador se encontraban todas las noches á la hora de acostar al niño. El viejo cazador con su pedacillo de pipa ennegrecida en la boca, la anciana dama de la corte con sus cabellos empolvados y su respetable aspecto de gran señora, contemplaban juntos á aquel niño hermoso que se tiraba á sus pies en las alfombras, y que tanto admiraban uno y otro. Una le llevaba de París todos los juguetes nuevos, los más bonitos, los más caros; el otro le hacía pitos magníficos con pedazos de caña, y, ¡caramba! el heredero dudaba que preferir.

En resumen: entre todos aquellos seres agrupados como á la fuerza, alrededor de una cuna, el único verdaderamente desgraciado era Carlos de Athis. Su aspiración elegante y de buen tono se resentía de aquella vida en medio del bosque, como esas parisienses delicadas para quienes el cuerpo tiene demasiado aire y demasiado savia. Ya no trabajaba, y lejos de aquel París que tan pronto olvida á los ausentes, sentía que casi no se acordaban de él... Afortunadamente

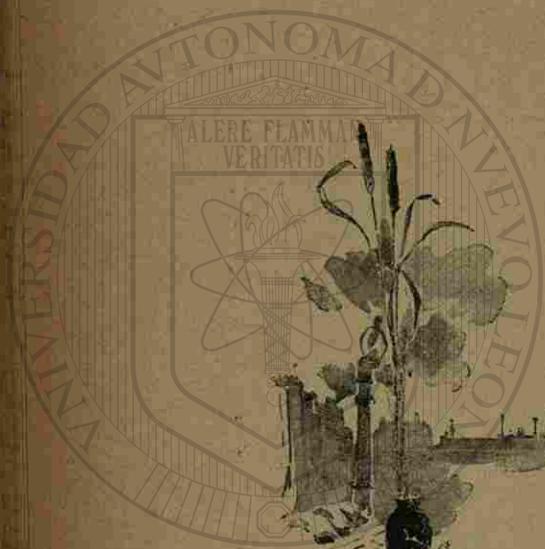
el niño estaba allí, y cuando el niño sonreía, el padre ya no pensaba ni en sus éxitos de poeta ni en el pasado de Irma Sallé.

Y ahora ¿queréis saber el desenlace de ese drama singular? Pues leed la esquilita con orla de luto que he recibido hace pocos días, y que es como la última hoja de esa aventura parisiense:

El señor conde y la señora condesa de Athis tienen el pesar de participar á usted la muerte de su hijo Roberto.

¡Infelices! ¿No os parece estar viéndolos á los cuatro, mirándose uno á otro, al lado de aquella cuna vacía?...





LAS CONFIDENCIAS

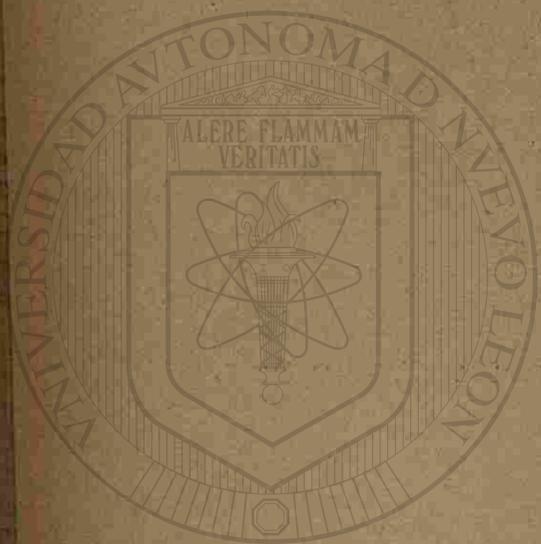
DE UNA CASACA DE ACADÉMICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LAS CONFIDENCIAS DE UNA CASACA

DE ACADÉMICO

La mañana de aquel día era la mañana de un magnífico día para el escultor Guillardin.

Nombrado el día antes individuo de la Academia, iba á estrenar, ante las

cinco Academias reunidas en solemne asamblea, la casaca de académico, una magnífica casaca con palmas verdes bordadas, muy reluciente, de paño verde y de sedas flojas, del color de la esperanza. La dichosa casaca, abierta, dispuesta á que se la pusiera, estaba colocada en un sillón, y Guillardin la miraba amorosamente, mientras se ponía el lazo de la corbata blanca.

—Sobre todo no nos precipitemos... tengo tiempo todavía... pensaba el bueno del hombre.

El hecho es que, en su febril impaciencia, se había vestido dos horas antes de lo necesario; y la hermosa señora de Guillardin—siempre estirada y muy vestida—le había declarado que aquel día no estaría lista hasta la hora precisa, ni un momento antes... ¡sintiéndolo mucho!

¡Desgraciado Guillardin! ¿Qué hacer para entretener el tiempo hasta entonces?

—Probémosnos la casaca, se dijo; y con el mayor cuidado, como si anduviese con tules, con encajes, levantó la preciosa prenda, y después de habérsela puesto con precauciones infinitas, se colocó de-

lante del espejo. ¡Oh! ¡Qué imagen tan deliciosa le reprodujo éste! ¡Qué simpático académico, fresquito, gordito, feliz, sonriente, entrecano, con los brazos de-



masiado cortos, que tenían dentro de las mangas nuevas una dignidad rígida y automática! Evidentemente satisfecho de su aire, Guillardin se paseaba por la habitación, saludaba como sisaliese á esce-

na, sonreía á sus colegas de la de Bellas Artes, adoptaba posturas académicas. Pero por orgulloso que esté uno con su persona, no se puede estar dos horas, de gran uniforme, de pie delante de un espejo. A la larga, nuestro académico se cansó, y temeroso de arrugar la casaca, tomó el partido de quitársela y ponerla otra vez en su sitio, colocándola cuidadosamente sobre un sillón. Él se sentó enfrente, al otro lado de la chimenea; luego, con las piernas estiradas y las dos manos cruzadas sobre su chaleco de uniforme, se puso á soñar despierto, contemplando su casaca verde.

Así como el viajero, cuando al fin llega al término de su viaje, gusta de recordar los peligros, las dificultades de la travesía, así Guillardin repasaba su vida año tras año desde el día en que comenzó á trabajar en escultura en el estudio de Jouffroy. ¡Ah! El principio es duro en este pícaro oficio. Recordaba los inviernos sin lumbre, las noches sin sueño, las carreras en busca de trabajo y la rabia que se siente al verse uno pequeñito, perdido, desconocido, en medio de la muche-

dumbre que lo empuja, lo tira, lo aplasta. ¡Y pensar que él solo, sin protectores, sin fortuna, había sabido salir del pasol! Sólo por el talento, señores!

Y con la cabeza inclinada hacia atrás,



los ojos entornados, sumido en una contemplación verdaderamente religiosa, el pobre hombre se repetía en voz alta á sí mismo: «¡Sólo por mi talento! ¡Sólo por mi tal...!»

Una carcajada seca y cascada, como carcajada de viejo, lo interrumpió subitamente. Guillardin, un poco sobrecogi-

do, miró en torno suyo. Estaba solo, bien solo, cara á cara con su casaca verde, esa sombra de académico, solemnemente colocada enfrente de él, al otro lado de la chimenea. Y, sin embargo, la risa insolente continuaba. Entonces, mirando con más cuidado, el escultor creyó advertir que su casaca no estaba en el sitio donde él la había puesto, sino verdaderamente sentada en la butaca, con los faldones levantados, las dos mangas apoyadas en los brazos de la butaca y con la pechera planchada, con apariencias de vida. ¡Cosa increíble! Ella era la que reía. Si: de aquella singular casaca verde salían aquellas locas risotadas, que la agitaban, que la sacudían, la retorcíán, la echaban hacia atrás, hacían estremecer á sus faldones, y de cuando en cuando llevaba las mangas á los costados, como para contener aquel exceso de alegría sobrenatural é inextinguible. Al mismo tiempo se oía una vocecilla atiplada y maliciosa, que decía entre dos hipos: «¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué daño me hace reír así!... ¡Qué daño me hace reír así!...»

—¿Quién diablos anda ahí? preguntó el pobre académico abriendo ojos como platos.

La voz, más atiplada y maliciosa todavía, continuó: «Soy yo, Sr. Guillardin, soy yo; su casaca de académico que le espera para ir á la sesión. Pido perdón por haber interrumpido tan intempestivamente sus reflexiones; pero en verdad, ¡era tan raro oír á usted hablar de su talento, que no he podido contenerme!...

...Vamos á ver, ¿es eso serio? ¿Cree usted, en conciencia, que su talento ha bastado para llevarle tan pronto tan lejos, tan alto; para darle todo lo que tiene, honores, posición, fama, fortuna?... ¿Cree usted eso posible, Sr. Guillardin?... Descienda usted á sí mismo antes de contestar. Descienda, más, más, más, así. Ahora contésteme. Ya ve usted cómo no se atreve.

—Sin embargo, balbuceó Guillardin con cierta cómica vacilación, he trabajado mucho... mucho.

—Sí, mucho, enormemente. Es usted un cavador, un obrero, un gran hacedor de tarea. Cuenta usted sus días por ho-

ras, como cochero de alquiler. Pero el rayo, amigo mío, la abeja de oro que cruza el cerebro del verdadero artista, y que pone en él el brillo, el zumbido de sus alas, ¿cuándo ha visitado á usted? Bien sabe que ni una vez. Siempre le ha dado á usted miedo la divina mariposa. Y, sin embargo, ella es la que da el verdadero talento. ¡Ah! conozco otros que trabajan también, pero de otra manera que usted, con toda la perturbación, con toda la fiebre del que busca, y sin embargo no llegarán nunca adonde usted ha llegado. Convengamos en una cosa, ya que estamos solos. El talento de usted ha sido casarse con una mujer bonita.

—¡Caballero!... exclamó Guillardin poniéndose colorado.

—¡Gracias á Dios! Esa indignación me complace. Prueba lo que ya sabía todo el mundo, y es que usted es más tonto que malo... ¡Ta, ta! no necesita usted poner esos ojos tan foscos. En primer lugar, si me toca usted, si tengo una arruga ó desgarrón, es imposible ir á la sesión; y la señora de Guillardin no se pondría contenta, porque al fin y al cabo de

ella es toda la gloria de este hermoso día. A ella es á quien van á recibir hoy las cinco Academias reunidas, y le respondo á usted que si llegase allí yo puesta en su cuerpo siempre elegante y esbelto, á pesar de los años, tendría un éxito mayor que yendo puesta en usted... ¡Qué diablo, Sr. Guillardin, es preciso darse cuenta de las cosas! Se lo debe usted todo á esa mujer; todo, el hotel, los cuarenta mil francos de renta, las cruces, los laureles, las medallas... Y la casaca verde levantó la manga bordada y enseñó al pobre escultor los gloriosos cuadros que estaban colgados en las paredes. Luego, como si hubiese querido, para atormentar mejor á su víctima, tomar todos los aspectos, todas las actitudes, aquella cruel casacase acercó á la chimenea, y echándose hacia adelante con ademán amistoso y confiden-



cial, le habló familiarmente, con el tono de un compañero antiguo:

—Vamos, hijo, parece que te disgusta lo que estoy diciéndote. Y, sin embargo, es preciso que sepas lo que sabe todo el mundo. ¿Y quién te lo ha de decir si no te lo dice tu casaca? ¡Mira, razonemos un poco! ¿Qué tenías tú cuando te casaste? Nada. ¿Qué te llevó tu mujer? Cero. Entonces, ¿cómo te explicas tu fortuna actual? Vas á decirme que has trabajado mucho. Pero desgraciadamente trabajando día y noche con los favores, los encargos del Gobierno que no te han faltado desde que te casaste, no has ganado nunca arriba de quince mil francos al año. ¿Crees que eso bastaría en una casa como la vuestra? Piensa que la hermosa esposa tuya ha sido siempre citada como elegante, lanzada al mundo donde se gasta... ¡Diablo! Ya sé yo que, emparedado todo el día en tu estudio, no has pensado nunca en esas cosas. Te contentabas con decir á tus amigos: «Tengo una mujer admirable para los negocios. Con lo que yo ganó y el tren que tenemos, todavía hacemos economías.»

¡Tú sí que eras admirable, pobre hombre!... La verdad es que te habías casado con un monstruo de esos que andan por París, una mujer ambiciosa y galante, sería por cuenta tuya y ligera por la suya, que sabe gastar y divertirse sin descuidar los negocios. La vida de esas mujeres, hijo mío, se parece á un librito de esos donde se apunta, al lado de un número, el nombre de una pareja. La tuya se ha hecho este razonamiento: «Mi marido no tiene talento, ni fortuna, ni una gran figura tampoco; pero es un buen hombre, complaciente, crédulo, que no estorba nunca. Que me deje divertír, y yo me encargaré de darle todo lo que le falta.» Y desde aquel día, el dinero, los pedidos, las cruces de todos los países han empezado á llover en tu estudio con su simpático sonido metálico y sus cintas de todos colores. Mira mis solapas... Luego se le ocurrió á la señora—ocurrencia de la edad madura—ser la mujer de un académico, y su manita enguantada fué la que te abrió todas las puertas de ese santuario... ¡Caramba, hijo! Lo que te ha costado llevar las palmas ver-

des sólo tus colegas podrían decírtelo...

—¡Mientes, mientes!... gritó Guillardin sofocado por la indignación.

—No, hijo, no miento... No tienes más que mirar en torno tuyo cuando entres ahora á la sesión. Verás que hay malicia en el fondo de todos los ojos, sonrisas en todos los labios y murmullos y cuchicheos que oirás á tu paso: «Ese es el marido de la bella señora de Guillardin.» Porque no serás nunca en el mundo más que eso: el marido de una mujer bonita...

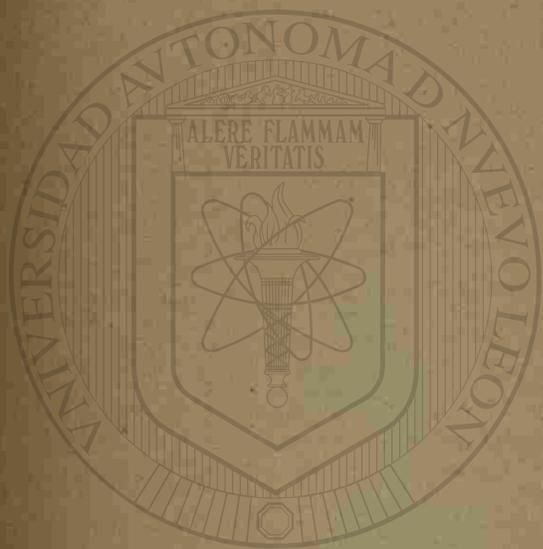
Guillardin no pudo contenerse más tiempo. Lívido de rabia, se levanta, va á cogerla por el cuello para tirarla al fuego, después de arrancarle aquella guirnalda verde á la casaca insolente y provocadora, cuando de pronto se abre una puerta y se oye una voz muy conocida, que en tono medio desdeñoso, medio compasivo, le despierta de su horrible sueño.

—¡Ah! ¡Ese eres tú, hijo!... ¡Cuidado con dormirse al lado de la chimenea en un día como hoy!

Delante de él estaba la señora de Guillardin, alta, esbelta, guapa todavía, aun-

que un poco imponente, con su tez sonrosada, casi natural, debajo de sus empolvados cabellos y el brillo exagerado de sus pintados ojos. Con ademán de mujer que manda en jefe, cogió la casaca de académico, y hábilmente, con una sonrisita, ayudó á su marido á ponérsela, mientras el pobre hombre, aún sudoroso, respira con satisfacción y dice para sus adentros: «¡Qué felicidad!... ¡No era más que un sueño!...»



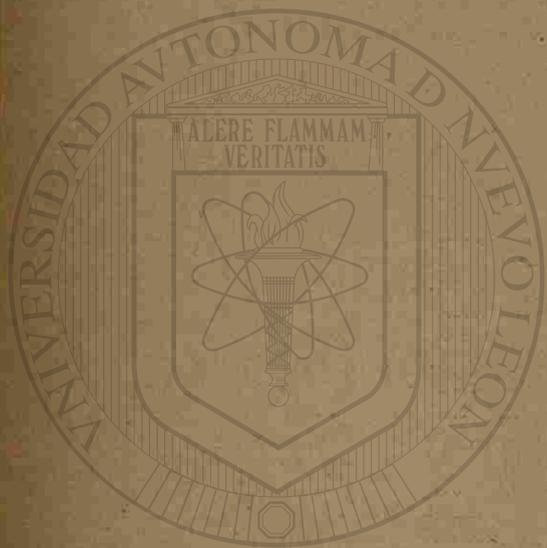


ÍNDICE

	Páginas.
Prólogo.....	5
Madama Heurtabise.....	21
El credo del amor.....	39
La transtiberina.....	53
Un matrimonio de cantantes.....	73
Por no entenderse.....	87
Vías de hecho.....	111
La bohemia en familia.....	133
Fragmento de una carta de mujer, encontrado en la calle de Nuestra Señora de los Campos.....	149
La viuda de un grande hombre.....	165
La embustera.....	179
La condesa Irma.....	197
Las confidencias de una casaca de académico.....	213

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COLECCION JUBERA

OBRAS PUBLICADAS

VOLUMEN I

4 pesetas en rústica y 5 encuadrado en piel á la inglesa.

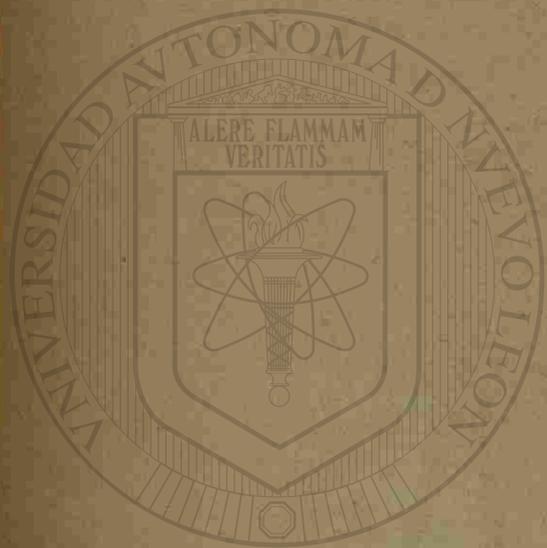


ROBERTO HELMONT

DIARIO DE UN SOLITARIO

POR A. DAUDET

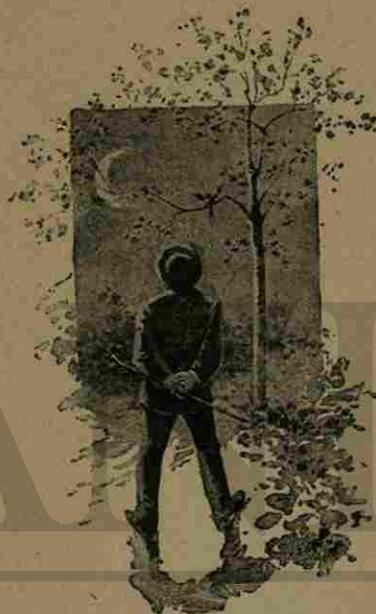
Ilustrado con más de 100 fotografados y 15 cromotipias.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

VOLUMEN II

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadrado en piel á la inglesa.



Treinta años de París

Á TRAVÉS DE MI VIDA Y DE MIS LIBROS

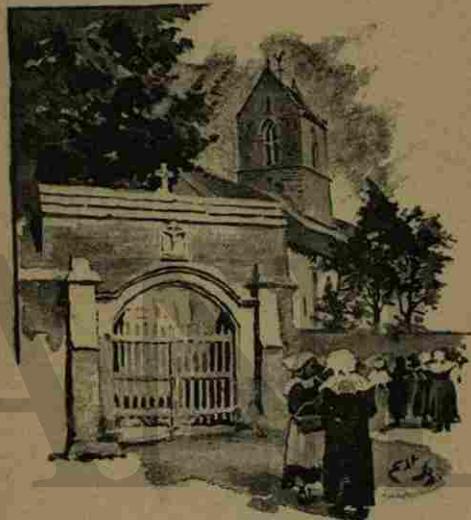
POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 118 grabados tirados en diversos colores.



VOLUMEN III

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado á la inglesa.

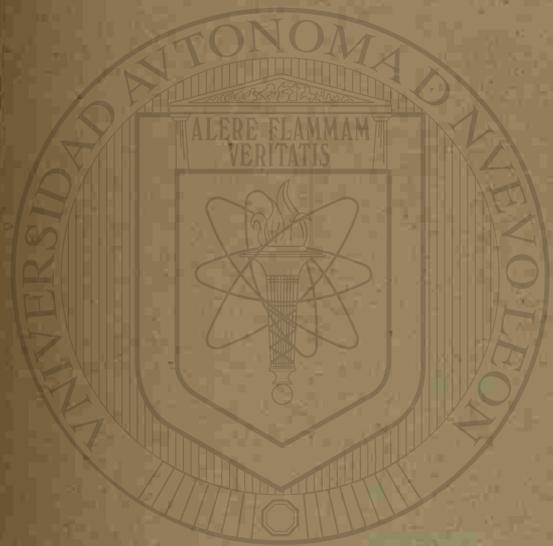


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA **RECUERDOS DE UN HOMBRE DE LETRÁS**

POR A. DAUDET

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Edición ilustrada con 98 grabados á varias tintas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VOLUMEN IV

4 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.



La lucha por la existencia

DRAMA EN CINCO ACTOS Y SEIS CUADROS

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 12 grabados á varias tintas, ocho heliotipias y cubierta al cromo, de P. Careedo.



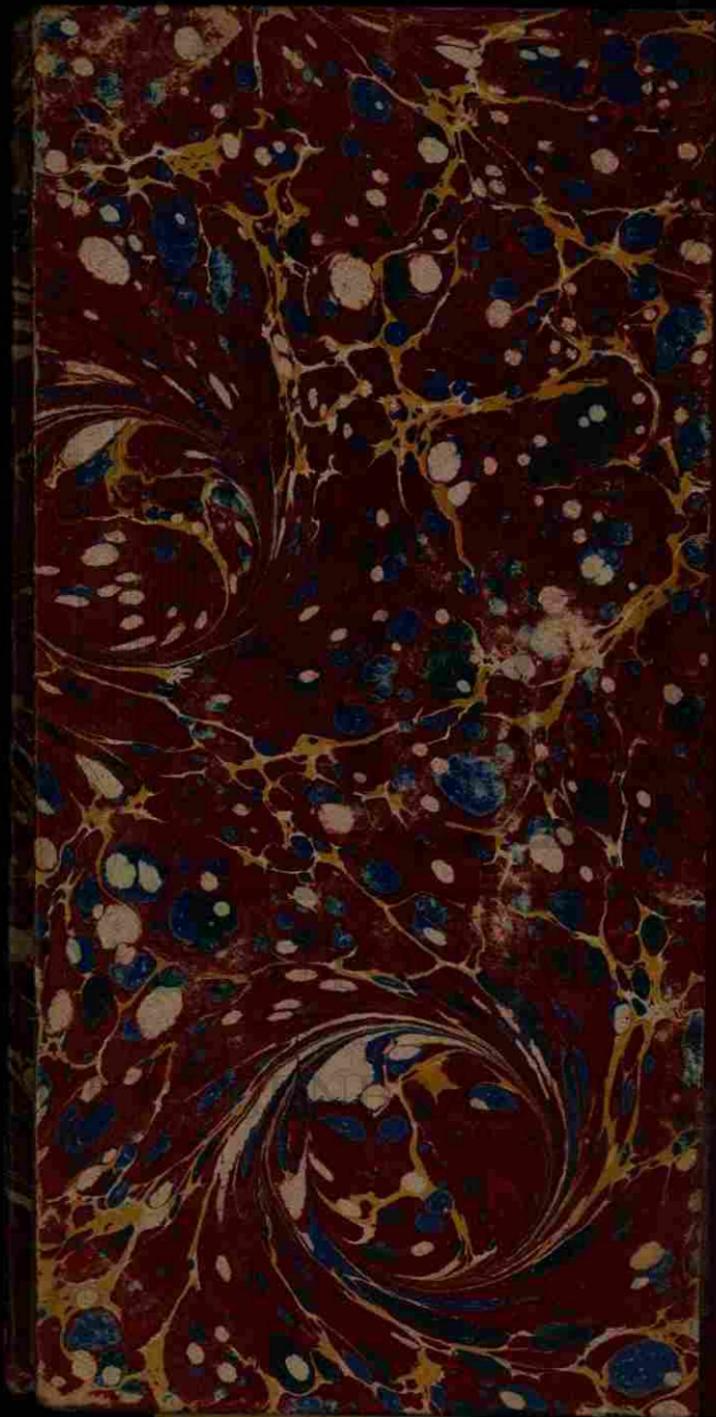
RUBIÑOS. IMPRESOR

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





11